

## RAE

- 1. TIPO DE DOCUMENTO:** Trabajo de grado para optar por el título de MAGISTER EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA
- 2. TÍTULO:** BIOPOLÍTICA Y CONSUMISMO: UNA LECTURA FOUCAULTIANA
- 3. AUTORES:** Willer Hernández Rodríguez
- 4. LUGAR:** Bogotá, D.C
- 5. FECHA:** Noviembre de 2021
- 6. PALABRAS CLAVE:** Biopolítica, Gubernamentalidad, Poder, consumismo, Foucault, neoliberalismo, dispositivo, subjetividad, empresario de sí.
- 7. DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO:** La intención de este trabajo es reconocer en el consumo una forma de dispositivo que pretende establecer procesos de subjetivación a partir de la concepción del “empresario de sí” que plantea Michel Foucault en su argumentación en torno a la Biopolítica y su despliegue en las sociedades contemporáneas.
- 8. LÍNEAS DE INVESTIGACION:** Pensamiento Filosófico contemporáneo
- 9. METODOLOGÍA:** Tiene como carácter metodológico un ejercicio exclusivamente teórico-analítico a partir del abordaje de la obra de Michel Foucault y del análisis del consumo como un dispositivo dentro de lo que el autor denominó biopolítica.
- 10. CONCLUSIONES:** Es Foucault un autor vigente para el análisis de las sociedades contemporáneas y su trabajo académico sigue siendo un faro para el análisis del poder, especialmente el que se despliega sobre la vida, especialmente por su carácter sensible y a la vez susceptible de direccionamiento y control a través de distintos dispositivos como el consumo. Por otra parte se puede concluir que en las sociedades contemporáneas existen distintas técnicas de subjetivación originadas a partir de un proceso que parte del propio sujeto bajo la figura del “empresario de sí” y éste se hace de este modo artífice de su propia subjetividad, la cual está sujeta a las dinámicas que proponen los dispositivos, como lo fuera el caso del consumo.

BIOPOLÍTICA Y CONSUMISMO: UNA LECTURA FOUCAULTIANA

WILLER HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA, SEDE BOGOTÁ  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN  
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

BOGOTÁ 2021

BIOPOLÍTICA Y CONSUMISMO: UNA LECTURA FOUCAULTIANA

WILLER HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Trabajo presentado como requisito parcial para optar por el título de profesional en  
Magister en filosofía contemporánea

Asesor: Dra.

Diana María Muñoz González

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA, SEDE BOGOTÁ  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN  
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

BOGOTA 2021

## Contenido

Introducción .....	5
Capítulo I: El poder sobre la vida según Foucault .....	8
El poder disciplinario: Un poder sobre los cuerpos .....	9
La Biopolítica: Un poder sobre la vida .....	22
Gubernamentalidad: Un poder <i>sobre</i> y <i>del</i> sujeto .....	29
Capítulo II: Biopolítica del consumismo .....	36
Consumismo no es solo consumo .....	37
Consumismo y biopolítica .....	41
El sujeto consumista como empresario de sí .....	52
A manera de conclusión .....	58
Referencias bibliográficas .....	60

## Introducción

Foucault es uno de esos autores que llega para aclarar sensaciones más que dudas metódicas o cuestionamientos abstractos. Lo digo porque durante mucho tiempo *sentí* que en la sociedad en la que vivía, las cosas no estaban bien, y que muchos aspectos de la política, la economía y la cultura no tenían razón de ser. Me inquietaba también saber qué dinámicas eran esas que provocaban esos sinsentidos, estas injusticias generadoras de frustración. Pues bien, es Foucault quien me ha dado algunas herramientas para interpretar mejor esta situación que se me ha dado por llamar “un sentir”.

Ha sido esta una de las situaciones que me ha animado a escribir una tesis acerca del despliegue del poder sobre la vida en un ámbito del que en muchas ocasiones somos cómplices inconscientes: “el consumismo”. Por supuesto, esta no es la única motivación. Ya sabemos que en el trabajo también se encuentra algo de placer, el cual se experimenta al emplear muchas horas de lectura en la obra de un autor, que en su forma de expresarse es fabuloso, ya que en sus abordajes se encuentra esa sensación agri dulce de lo sencillo y lo complejo a la vez, que ofrece como resultado la ruptura constante de paradigmas, e induciendo a su lector a hacer una reconfiguración de los saberes adquiridos.

Otra motivación para la escritura de una tesis con el título “Biopolítica y consumismo. Una lectura foucaultiana” resulta de la misma lógica del trabajo aquí desarrollado, ya que como cualquier sujeto que es partícipe de una sociedad capitalista, cuento con unas condiciones de vida particulares y, en cierto modo, resulto siendo un sujeto producto del despliegue de un poder económico, cultural, social, etc., es decir, gracias a Foucault me reconozco como un sujeto que responde a unas técnicas y unos dispositivos que ha dispuesto el poder. De ahí, entiendo, la autoexigencia por el cumplimiento de unos preceptos educativos, laborales, familiares, que tienen que ver con vivir una vida “normal” que responda a las necesidades del mercado.

En el trabajo que leerán a continuación no solo van a encontrar el abordaje de un tema interesante, en cierto modo poco abordado desde la filosofía, sino que van a hallar allí un gran

esfuerzo de alguien que busca responder de la mejor manera a sus propósitos propios y que lo hace con buena voluntad y de una manera bien intencionada. A manera de preparación, quiero mencionarles, pues, que este trabajo de tesis que lleva por título “Biopolítica y consumismo: Una lectura foucaultiana” está dividido en dos partes. La primera “El poder sobre la vida según Foucault”, hace referencia al marco interpretativo de la obra de Foucault donde se pretende exponer cómo fue vista por el filósofo francés la metamorfosis del poder desde las sociedades posmedievales hasta las sociedades contemporáneas.

En este primer capítulo se exponen básicamente tres momentos en los que se perciben cambios en el análisis acerca del poder: el primero es el paso del poder soberano al poder disciplinario y a través de algunas obras como *Vigilar y castigar* se entiende cómo ha sido ese cambio de un poder que se ajusta a las premisas de un capitalismo naciente y que se va a afianzar en la mayoría de sociedades occidentales, obligando a unas nuevas transformaciones en la manera como se despliega el poder: sobre la vida de los individuos y sobre todo de las poblaciones. La segunda parte de este primer capítulo aborda la manera como el poder cambia su paradigma al dejar atrás la consigna, en términos foucaultianos, de “hacer morir y dejar vivir”, para dar paso a un paradigma de la gestión de la vida y de todos sus procesos biológicos relacionados con su subsistencia: “hacer vivir”. Finalmente, la tercera parte del capítulo, que lleva por título “Gubernamentalidad: Un poder sobre y del sujeto”, hace énfasis en la manera como la biopolítica, según el filósofo postestructuralista, gobierna a los sujetos, de manera que se advierten las dinámicas de la subjetivación (o sujeción) del sujeto a las que se acude para lograr hacerlo dócil y autogobernado, lo cual va a ser la condición propicia para el desarrollo de un capitalismo avanzado, denominado neoliberalismo, que ha optado por el consumismo como su dispositivo por excelencia para lograr producir sujetos afines a su proyecto económico.

La segunda parte de la presente tesis corresponde a lo que puedo considerar un ejercicio personal de aplicación de los planteamientos foucaultianos en torno a una realidad específica: el consumismo. Quiero poner a prueba así la utilidad del autor y, más exactamente, de su filosofía, – descrita precisamente por él como “caja de herramientas” –, para dar algo de luz sobre este fenómeno inquietante de nuestras sociedades capitalistas actuales. Esta parte se titula “Biopolítica del consumismo”, e igualmente cuenta con tres secciones. La primera ofrece una

rápida descripción del consumismo y de la manera como se presenta en las sociedades capitalistas avanzadas. En la segunda parte se esboza la manera como se despliega el biopoder a través del consumismo, en sus dimensiones anatomopolítica, biopolítica y de gubernamentalidad, y se ejemplifican la manera y los medios a través de los cuales se consolida un poder biopolítico a partir de las prácticas consumistas. Efectivamente, se muestra aquí que este poder tiene un impacto más profundo de lo que se puede ver a primera vista, puesto que apunta a la creación de un *homo economicus*, esto es, a la producción de un sujeto que se autocomprende como “empresario de sí”, según reza la famosa expresión de Foucault, pero que, paradójicamente, no se define exclusivamente como sujeto que produce sino sobre todo –y ésa es nuestra hipótesis de trabajo– como sujeto que consume.

En última instancia quisiera denotar que esta tesis intenta plantear como novedosa la idea de que Foucault a pesar de que menciona el *consumo* en su obra, especialmente en “Nacimiento de la biopolítica” nunca lo planteó como un dispositivo, que es lo que de trasfondo busca esta tesis, mostrar cómo el consumo se construye como una red que construye subjetividad.

## Capítulo I: El poder sobre la vida según Foucault

Es bien sabido que Michel Foucault pone su lente sobre aquellos cambios ocurridos en la Modernidad en torno a la naturaleza y el funcionamiento del poder. Su tesis, expuesta en *Vigilar y Castigar* (1975), apunta a que en este periodo ocurre una transformación profunda en la manera como las sociedades son gobernadas. Propondrá así que a partir de entonces se da “la entrada de los fenómenos propios de la vida de la especie humana en el orden del saber y del poder” (Foucault, 1976, p.171). En otras palabras, Foucault advierte que se dieron cambios complejos en la manera como se despliega el poder en relación a lo que fue el poder soberano propio de las sociedades monárquicas, el cual hacía de los vasallos, más exactamente de sus cuerpos, el objeto sobre el cual tal poder se desplegaba sin restricción alguna. Dichos cambios, sostiene, fueron adquiriendo una forma tal que termina englobando la realidad biológica y sus procesos individuales y colectivos.

En realidad, el interés por develar la manera en que opera el poder atraviesa toda la obra de Foucault, y a lo largo de la misma se puede ir encontrando una serie de avances en torno a esta cuestión<sup>1</sup>, de forma tal que, entre los años setenta y mediados de los ochenta, cuando se dio su deceso, Foucault había logrado dar respuestas a esta inquietud por el poder, y había aportado importantes herramientas para la comprensión de los sujetos en relación con las instituciones, así como sobre el entrecruzamiento de los ámbitos políticos y económicos en la Modernidad.

Es posible, entonces, reconocer en el trabajo de su último periodo una categoría central en torno al problema del poder, la cual venía siendo configurada desde la segunda conferencia que el autor dictó en Rio de Janeiro en el contexto de la historia de la medicina social (1974), y que en los textos y cursos posteriores a *Vigilar y Castigar* denominará “Biopoder”, categoría que tiene

---

<sup>1</sup> Foucault no pretende encasillarse en una corriente específica o en un área del saber particular, antes bien, contrario al conformismo con el sistema del que en ocasiones se le acusó (revista *Esprit* en la edición de mayo de 1968), el autor pretende hacer de su filosofía algo más que un cúmulo de teorías o propuestas terminadas, por el contrario la compara con una caja de herramientas como lo pudiera plantear también Wittgenstein al referirse al lenguaje, caja que está a disposición de quien desee hacer uso de ella y al igual que se saca de una caja de herramientas un martillo o una palanca se puede extraer de la obra de Foucault ideas para “romper los sistemas de poder” (Foucault).



una doble faz: por un lado, anatómica (s. XVII a XVIII) y, por el otro, biológica (s. XVIII a XIX). La primera se refiere a las disciplinas del cuerpo, es decir, aquellas técnicas encargadas de docilizarlo y extraerle la fuerza productiva mediante el control del tiempo, del espacio y de sus condiciones de salud, en instituciones como la fábrica, la escuela, la cárcel, entre otras; la segunda está centrada en las regulaciones de la población (Foucault, 2005a; p.168-169) y enfocada en el gobierno de la vida de las poblaciones bajo estrategias de normalización.

En este sentido, seguiré el curso de la reflexión de Foucault sobre el poder y desarrollaré inicialmente los rasgos fundamentales del poder disciplinario. Posteriormente, me encargaré de presentar su idea de biopolítica y, finalmente, en este mismo capítulo, trataré la idea de *gubernamentalidad*, siendo esta última una categoría distinta formulada por Foucault para referirse al gobierno de la vida en la época más reciente del neoliberalismo. De manera general, puede decirse que los cambios que trae el capitalismo se relacionan por completo con los cambios en el ejercicio del poder que se dieron desde la edad media hasta la modernidad. De ahí que, como veremos, el poder disciplinario se pueda relacionar con el aprovechamiento de la fuerza física de los cuerpos en la actividad industrial, mientras que el poder que administra la vida biológica de las poblaciones, o biopolítica, se relacionará con la privatización de los medios de producción y la producción de riqueza a través de complejos mecanismos de normalización y vigilancia. Por su parte, la gubernamentalidad instaaura unos proyectos de subjetivación del sujeto relacionados con la profundización de las lógicas capitalistas *neoliberales*.

### **El poder disciplinario: Un poder sobre los cuerpos**

Es pertinente iniciar el análisis acerca del despliegue del poder sobre los cuerpos con la pregunta por el poder, la cual es abordada por Foucault de una manera original, tomando distancia en mucho a lo que tradicionalmente se había pensado acerca de dicho tópico. Me refiero aquí a los trabajos de Hobbes, Marx y los representantes de la hipótesis represiva (Hegel, Freud y Reich). En primera instancia, Hobbes representa la fórmula jurídico-política del “Leviatan” en el marco del pensamiento liberal, que define al poder como aquella cualidad natural que se posee al nacer, y que, en cierto momento, movidos por el beneficio propio o por temor a la muerte, los

individuos otorgan de manera voluntaria a una entidad superior como el Estado o el soberano, quien proporciona, gracias a la capacidad de sometimiento que posee, una serie de leyes y normas que dirigen la conducta social, personal, cultura, económica, entre otras, de los miembros de dicho estado.

Efectivamente, la lectura liberal acerca del poder traza una nueva racionalidad del mismo, mostrándolo como un desafío al absolutismo del poder monárquico, poniéndole límites al ejercicio material del poder, es decir, al impacto pragmático en aquellos individuos que han aceptado el contrato social; este límite se dio desde diversas líneas, entre ellas, la división del poder en las tres ramas ejecutiva, legislativa y judicial, o desde el reconocimiento y la promulgación de una serie de derechos individuales que ponen en tela de juicio la posesión del poder.

Por su parte, el marxismo le otorga como función al poder "mantener-perpetuar las relaciones de producción y prorrogar una dominación de clase" (Foucault, 2002, p.27); es decir, el poder representa aquella posibilidad de dominio y explotación, especialmente con fines económicos, de una clase social sobre otra, en una especie de dialéctica entre las fuerzas represivas y las fuerzas emancipadoras. Entonces, se puede interpretar el planteamiento del poder en la teoría marxista enmarcado en la dialéctica entre el señor capitalista y el asalariado, y en el desequilibrio que esta relación supone. El señor capitalista como poseedor de los medios de producción toma decisiones sobre la mano de obra como recurso en los procesos productivos, y usa el poder que le es otorgado por la posesión de dichos medios, para reprimir y extraer de la fuerza de trabajo la mayor productividad posible. Lo hace a través de estrategias como el plustrabajo que pretende aumentar la plusvalía que se apropia el señor capitalista, y de esta manera ampliar al margen de acción y repercusión de su poder en las distintas instancias de la organización social.

Ahora bien, en el primer tomo de *Historia de la sexualidad: Voluntad de saber* Foucault hace una crítica a la concepción tradicional de poder, de la que son representantes la lectura liberal y la marxista, concepción que él mismo denominó "hipótesis represiva". De acuerdo con esta idea, el poder representa el temple negativo-represivo de imponer el "no" sobre las acciones de los individuos. Esta comprensión es ejemplificada por el autor con el régimen victoriano, el cual ha

sido, como ninguno, una expresión de un poder que obliga a los individuos a experimentar una doble moral: por un lado, se experimenta públicamente un régimen estricto de la sexualidad y, por el otro, permite una amplia promiscuidad en el ámbito privado.

La originalidad de Foucault al responder a la pregunta ¿qué es el poder? radica en su crítica a la pregunta misma. Planteada de esta manera, ésta evoca su aspecto ontológico, es decir, se cuestiona por la esencia, los fundamentos, el modo de ser del poder. Es el caso de los acuerdos sociales del liberalismo que buscan comprender el origen y la manera como se legitima el poder y sus condiciones de posibilidad fuera del “Leviatán”. Sin embargo, para Foucault este no parece ser el aspecto más relevante en la problemática. Por el contrario. Además de que le da un carácter negativo al poder, del cual Foucault toma distancia, a él le interesa ofrecer una visión más dinámica del poder, que no lo entiende de entrada como una propiedad o bien. Foucault no tuvo entre sus pretensiones instituir una teoría del poder, y antes bien procura mostrar una nueva analítica del poder o una forma distinta de la economía de las relaciones de poder. Ya no el “qué” sino el “cómo” del poder, es lo que le interesa. “Los mecanismos del poder”, es decir, aquellas prácticas, instituciones, discursos, entre otros, que se ajustan entre sí para realizar una función o un proceso determinado. Y así se lo confiesa Foucault a M. Fontana en una entrevista en junio de 1976 (Foucault, 1979, pp.180-181) cuando le dice que tradicionalmente no se pensó en el “cómo” se ejerce el poder, sus técnicas y sus tácticas sino en el “qué”. De modo que al pensar el “cómo” antes que el “qué”, esto permite la entrada en los discursos modernos de una serie de contenidos de la realidad que hasta entonces habían permanecido fuera del campo de análisis de la política.

De este modo, el poder adquiere desde la perspectiva de Foucault, un carácter positivo, dinámico: “el poder no se posee ni se comparte: se ejerce”. Por tanto, pasa a un segundo plano la pregunta por *quién posee el poder* o quién no lo posee, lo cual ha sido lo importante a determinar en los procesos emancipatorios tal como los piensa el marxismo. Este cambio que realiza Foucault respecto a la pregunta por el poder permite entenderlo como aquello que produce “lo real” (Foucault, 2001, p. 11), es decir, como aquello que construye el mundo en que vivimos; de ahí que sus efectos no tienen un origen en las instituciones o en los individuos poseedores del poder, sino que son el resultado de cierta serie de redes que se van tejiendo en las relaciones humanas.

Por otra parte, se debe tener en cuenta que bajo esta idea de construcción de lo real se produce la pregunta por “lo real” o por las realidades. Es así que entendemos con Foucault que el poder es múltiple y que posee múltiples posibilidades, escapándose del monocromatismo del “no” que implantó la sociedad burguesa del siglo XVII en Europa, entre otras cosas, por su afán de reprimir la sexualidad.

Habiendo esbozado la manera como Foucault aborda el poder se traza un camino en la comprensión de lo que el autor determinó como “biopoder”, de tal manera que también podemos decir que en obras como la mencionada, *Vigilar y castigar* (1975), y luego en *Voluntad de saber* (1976), así como en el curso que impartió anteriormente en el Collège de France entre los años 1973 y 1974, titulado *El poder psiquiátrico*, el autor describe lo que él denomina el poder disciplinario. Dicho poder hace referencia a las transformaciones ocurridas entre la Edad Media feudal y la Modernidad capitalista, en la manera de operar y funcionar el poder en las sociedades. De acuerdo con el análisis de Foucault, se trata ahora, en las sociedades capitalistas modernas, de un poder que disciplina los cuerpos, sometiéndolos a las dinámicas económicas predominantes de esta época, de tal modo que cada cuerpo es llevado mediante técnicas de disciplinamiento a potenciar su utilidad y alcanzar su idoneidad como fuerza productiva. Es así que “se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido” (Foucault, 2004, p.33).

El filósofo francés ilustra el surgimiento del poder disciplinario contrastándolo con el poder soberano, el cual le antecede. Por su parte, el poder soberano revela su naturaleza en el *suplicio del cuerpo de los súbditos que son castigados*, castigo que sirve como garantía y cimiento del poder soberano. Foucault reconoce en el suplicio una “tecnología del poder”<sup>2</sup> que en la Edad Media estuvo ligado a la sanción de las faltas morales, a los atentados contra las leyes naturales o contra la divinidad, representada en el monarca o los clérigos. Esta práctica se aplica a la corrección de los delitos por las faltas contra el poder absoluto del soberano y contra cualquier transgresión al orden establecido por el monarca. Foucault subraya que para este poder es esencial exhibir el cuerpo torturado ante el público mediante el ceremonial del suplicio, para así

---

<sup>2</sup> Concepto instituido por Foucault para referirse a los procedimientos a través de los cuales las relaciones de poder, es decir aquellas interacciones entre personas reguladas por una multiplicidad de normas y factores; establecen regímenes específicos de verdad.

generar escarmiento y desincentivar la repetición del delito, asegurándose de que los demás súbditos sientan terror y no osen rebelarse. Obligados a tomar parte en el rito de la tortura, la idea con esto es que los espectadores nunca deseen estar en lugar del castigado a causa de una infracción u ofensa contra el poder del soberano.

El espectáculo del suplicio, como el de Damians, descrito por Foucault al inicio de *Vigilar y castigar*, permite leer la racionalidad propia del poder soberano. Al contrario de lo que será el poder disciplinario que tiende, por su parte, a ocultarse, el poder soberano convierte el castigo en un espectáculo público, casi una fiesta. Lo opuesto a lo que ocurrirá con el nacimiento de la prisión, emblema del poder disciplinario, que prefiere castigar en secreto al sentenciado y a los infractores de la ley. El castigo se transfigura en la parte más oculta del proceso penal. En consecuencia “el sufrimiento físico, el dolor del cuerpo ya no son constitutivos de la pena” (Foucault, 2004, p.18), sino, antes bien, en el poder disciplinario se implanta una nueva ética de la muerte legal, imponiendo penas o castigos que, mediante el encierro en prisión, la sanción social o económica, intentan reformar a los delincuentes para retornarlos como sujetos valiosos a la sociedad, es decir, al proceso económico de producción, distribución y consumo de bienes, según señala Foucault.

En las sociedades modernas ya no se desmiembra al culpable sino que se le encierra, se le sanciona, se le excluye. Todo habla de un aparente relajamiento del poder y de una acción más humana ejercida sobre el cuerpo de los infractores. Es lo que se estaría inclinado a concluir. Pero no es del todo así. Detrás de ese relajamiento Foucault sospecha que “no se suprime totalmente” el peso del poder sobre los cuerpos (Foucault, 2004, p.23). De hecho, reconoce en este proceso un fondo “suplicante” en los mecanismos modernos de justicia criminal. También lo menciona en el curso del *Poder psiquiátrico (1973-1974)*, tomando como ejemplo a las comunidades religiosas medievales y su organización monacal, hasta entrado el siglo XIX, percibiéndose en sus prácticas la atenuación del martirio del cuerpo y la predilección por las penalidades que involucren sanciones no corporales enfocadas a la purificación del *alma* (mente, subjetividad, identidad); entre estas prácticas se pueden ejemplificar el ayuno. La acción violenta sobre el cuerpo acontece en un aparente proceso de suavización que pasó del suplicio, la inquisición, la

guillotina y el patíbulo, a las prisiones. Pero, ¿fue esto un relajamiento del poder? No es como lo lee Foucault.

Con el debilitamiento del poder soberano y la desaparición del castigo suplicante, se da paso a una nueva “conjugación cuerpo-poder” (Foucault, 2007, p.62) que ya no se comporta de manera vertical, jerarquizada, autoritaria, sino que, por el contrario, resulta ser un poder que “nadie” posee, o que sea reclamado por alguna clase social, sino que es un poder difuso que se ejerce en todos los ámbitos de la sociedad en todas las direcciones. Un poder que, argumenta Foucault, no se sujeta a las premisas que hacen del poder *objeto* de lucha o de guerra, sino un poder que atraviesa a todos los sujetos, que se ejerce en lugar de poseerlo. Un poder que no se localiza en alguna institución y, por ende, sostiene Foucault, no debe ser objeto de una teoría en el sentido habitual, sino más bien de una *microfísica*, esto es, de una descripción de su modo de operar y de desplegarse sobre los cuerpos individuales en distintos escenarios de la sociedad.

Esta nueva forma de poder es presidida por la lógica de un disciplinamiento de los cuerpos que obedece a una lógica de maximización de su productividad. Se despliega sobre el cuerpo-alma, pero ya no como suplicio, sino con castigos que buscan ser penalidades del alma, castigos que surten efecto sobre lo profundo del sujeto y que lo abarcan todo: los sentimientos, las ideas, las pulsiones, en fin, se funda un poder que de manera menos brutal a primer vista, igual crea sujetos dóciles. Sujetos sometidos o asegurados a técnicas de disciplinamiento que responden a las exigencias del sistema industrial, ya que “existe una correlación entre el desarrollo de la economía mercantil y la disminución de los mecanismos de castigo” (Foucault, 2004, p.32).

Como se ha venido mencionando, el poder no se deja entender ya como una propiedad que posee una institución represiva o un sujeto específico, ni su manifestación es la simple disposición legítima de la fuerza, una fuerza que encasilla, coacciona, restringe, sino que, por el contrario, tiene unos efectos que son atribuidos a unas disposiciones, a unas maniobras, a unas tácticas que se pueden representar mejor bajo la imagen de una red de relaciones, de relaciones que generan efectos desiguales entre los sujetos. En este conjunto de relaciones se establecen fuerzas asimétricas y se construyen variadas maneras de existir en las sociedades modernas, en las cuales los individuos son a la vez objeto y sujeto del ejercicio del poder.

Las relaciones de poder en esta nueva racionalidad forman una “madeja”, (Canguilhem, 1990, p.155) como las describe Deleuze en su ensayo *¿Qué es un dispositivo?*, y tienen como objetivo el cuerpo. El poder disciplinario busca “enderezar conductas” (Foucault, 2004, p.175) no para encadenar las fuerzas de los cuerpos disciplinados, sino para multiplicarlas y usarlas de una manera modesta, suspicaz y muy sutil en las distintas modalidades de la economía y la política modernas, a tal punto que su mayor éxito radica en el uso de instrumentos simples como la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen, que no actúan de manera aleatoria, sino en conexión. Se pueden diferenciar entre ellos, sin embargo unos llevan a otros; por ejemplo la vigilancia se da en un examen escolar el cual debe ser superado por el estudiante ya que de no hacerlo recibirá una sanción.

Bien lo asegura Foucault, que el poder disciplinario supone como instrumento fundamental un dispositivo que coaccione con la mirada, debido a que esta intimida especialmente si se da desde una instancia superior, dominante. En la historia de la modernidad se ha venido dando un especial interés por la fundación de escenarios de vigilancia, que ha modificado los espacios y los medios de subsistencia de los individuos, por tal razón se han modificado los espacios arquitectónicos con la intención, ya no de ser vistos desde una óptica estética, sino desde la intención de dominio, de ver que hacen los individuos en el interior de las construcciones.

Estos instrumentos que Foucault (2004) describió en *Vigilar y castigar*, como los medios del buen encausamiento, tienen unas características específicas y sirven para moldear las sociedades disciplinarias. Ya lo aseguraba nuestro autor; “que la disciplina supone un dispositivo que coacciona por el juego de la mirada” (p.175) la constante observación ha modificado los espacios de una manera milimétrica, las relaciones y un sin número de situaciones de la cotidianidad; este juego de la mirada que se inició con el desarrollo de la ciencia, no pretende la simple observación, desea controlar, por ende, se hace inherente a todas las relaciones que se generan en el interior de la construcción arquitectónica que son observadas.

El primer instrumento mencionado por Foucault entre las técnicas del buen encausamiento, en el tránsito y aparente abandono del poder soberano, es el esquema de constante vigilancia

jerárquica. Fue planteado en 1791 por Jeremy Bentham en su propuesta carcelaria del *panóptico* (verlo todo) ideada en el marco de la disimetría del poder entre los señores industriales y los obreros de las fábricas, donde se implantó para reducir costos y aumentar la eficiencia y el uso del recurso humano. Ciertamente, Foucault recuerda que Bentham plantea un modelo arquitectónico de cárcel en el cual un guardia, desde una torre central, vigila a los reclusos retenidos en celdas individuales alrededor de la torre, sin que aquellos puedan ver nunca a su observador. Este tipo de edificio genera en el reo la sensación de un poder que lo vigila constantemente, lo cual garantiza un funcionamiento casi-automático del poder. El prisionero al no ver efectivamente al guardia, desconoce cuándo se le vigila, y por tanto asume que está bajo vigilancia constantemente, adecuando su conducta a esta suposición. Es decir, se auto-vigila y se auto-disciplina, es quizás este sistema el que Foucault ve reflejado en las sociedades disciplinarias, donde a través de la vigilancia se gestiona y se controla el comportamiento de los prisioneros en articulación con cierto tipo de violencia que actúa sobre los cuerpos a través de mecanismos de premio y castigo.

El modelo carcelario del panóptico sirve para ganar inteligibilidad sobre el modo de funcionamiento del poder disciplinario en las sociedades modernas, y sobre su efecto sobre los cuerpos de los ciudadanos, los cuales son manipulados, transformados, controlados, hasta en sus fibras más profundas, causándole ya no dolor somático sino psicológico, pues de un modo inconsciente se vigila y controla a sí mismo, vinculado a un poder sin rostro: “miradas que deben ver sin ser vistas” (Foucault, 2004, p.176). Este es un poder que carece de un soberano o de un guardia visible, y basta ahora con la elemental y quizás imaginaria idea de la existencia de un poder superior que lo direcciona todo, de un ojo que *todo lo ve*, para que se produzca el efecto de disciplinamiento y docilidad esperado. El ideal del aparato disciplinario sería aquel que “permitiría a una sola mirada verlo todo permanentemente” (Foucault, 2004, p.178) y de esta manera se homogeniza el comportamiento de los individuos y son ellos mismos quienes a la luz de ciertas normas juzgan su propio comportamiento y el de los demás, resultando de ello que en ocasiones se ofrecen el castigo a sí mismos.

En la descripción del panóptico como la representación gráfica de la vigilancia omnipresente se puede observar, como lo hizo Foucault, (2017) en *La verdad y las formas jurídicas*, que la



vigilancia, el control y la corrección “constituyen una dimensión fundamental y característica de las relaciones de poder que existen en nuestra sociedad” (p.117), lo cual es fomentado y sostenido por una serie de instituciones, como la escuela, la iglesia, las empresas, el asilo, entre otras; las cuales hacen parte de un diseño arquitectónico llamado sociedad, homólogo del panóptico. En un esfuerzo por dirigir conductas, el poder disciplinario implanta como mecanismo la normalización de los cuerpos, los penetra en lo más íntimo, su alma, *normalizándolos*, es decir, imponiéndoles una norma que bajo esquemas jurídicos se hace ley<sup>3</sup>. La normalización consiste entonces, en modelar a los sujetos según el modo en que debieran realizarse y ser reconocidos por ciertas normas sociales que han sido naturalizadas.

La normalización no solo corresponde a un esquema de constante vigilancia jerárquica, o a la permanente conducción. Resulta también, ser la que fabrica ciertos saberes que determinan qué es lo normal, o su reverso, lo anormal; siendo éste último el estado de quienes deben ser castigados a causa de no ser compatibles con los parámetros de aquellos saberes. Tan sutil resulta la normalización que ésta pasa desapercibida, imperceptible a los ojos, cancelando cualquier crítica a los medios o fines de la normalización; sancionando y ahogando cualquier posible resistencia. Sin embargo, no se debe pasar por alto el hecho de que, donde hay poder, dice Foucault, hay resistencias, y están presentes en todos los puntos de la red de poder, dispuestos a reivindicar los vacíos que han quedado en los mega-discursos como sectores *anormales*, de tal modo que las resistencias van más allá del poder, transformándolo desde las prácticas y en los sujetos, construyendo nuevos discursos y nuevas normalidades.<sup>4</sup>

Así pues, los cuerpos continúan siendo objeto e instrumento del ejercicio del poder disciplinario, así como lo fue del poder soberano, pero ya no desde suplicio sino desde la normalización. Por ello, en el esquema político-económico de las sociedades disciplinarias, este poder disuelve,

---

<sup>3</sup> Comprender la relación entre ley y norma coadyuva a clarificar el tránsito del poder soberano al poder disciplinario, no quiero decir con esto que antes no se diera la norma como fenómeno, sino que posterior al siglo XVIII la norma adquiere magnificencia en los efectos de esta nueva racionalidad política sobre el cuerpo-alma ya que ésta encausa los principios de la conducta moral y de la aceptación social, es también más elástica que la ley ya que aquella responde exclusivamente a la formalidad determinante de lo escrito, de lo que se inscribe en los códigos.

<sup>4</sup> Este es un tema muy interesante, (las resistencias al poder) que abordan varios estudiosos de Foucault, sin embargo aquí solo se hace esta mención.

analiza y diferencia a los cuerpos a partir de un régimen de producción de saberes que los estudian, clasifican y definen según cierta idea de lo normal o de lo patológico, de lo normal o de lo desviado, de lo normal o de lo anormal.

La sutilidad de la normalización, hace que los individuos reproduzcan saberes y praxis auto-represivas como en una especie de *síndrome de Estocolmo*, comprensivo y benevolente ante los efectos de dichos poderes. De hecho, es muy común que muchas prácticas sobre el cuerpo se hagan sin el más mínimo asomo de un ¿por qué? o un ¿para qué? por parte de los sujetos sometidos a ellas. Dicha sutilidad permite la aparición de una sanción normalizadora como instrumento del poder disciplinario o, como lo anota el filósofo francés, “en el corazón de todo sistema disciplinario funciona un pequeño mecanismo penal” (Foucault, 2004, p.183).

Como se ha venido mencionando, el despliegue del poder disciplinario tiene relación con el sistema penal, en virtud de que el disciplinamiento tiene implícita en sí la sanción. Por ende, este mecanismo penal se pone en acción en la medida que el poder disciplinario rastrea concienzudamente los vacíos dejados por los grandes sistemas legales y los reconoce como desviaciones, por ejemplo, la homosexualidad, las filias, la locura, entre otras; estas son sancionadas bajo una lógica de lo bueno y lo malo, de lo productivo y lo improductivo, poniendo al primero en una posición privilegiada frente al segundo; de ahí que se hace necesario la creación de instituciones, medicamentos y tratamientos para encausar dichos desvíos.

Los mecanismos penales que se implantan como micropenalidades, o como sanción normalizadora, son el resultado de un cambio en el sistema de justicia, que el filósofo de Poitiers observa. Para el poder soberano cualquier delito cometido es delito contra la sociedad entendida como cuerpo del monarca, de ahí que ante cualquier falta, el monarca reclame una reparación (deportación, humillación, trabajos forzados, la ley del talión, la pena de muerte, entre otras.) Contrario al castigo soberano, la pena impartida por el poder disciplinario reclama control, ya no sobre la observancia de la ley, sino más bien “al nivel de lo que pueden hacer, son capaces de hacer, están dispuestos a hacer o están a punto de hacer” (Foucault, 1978, p.97). Es decir un control de la norma, de la manera en que se constituye la identidad y el quehacer del sujeto.

Este aspecto fundamental del poder disciplinario radica en las relaciones de poder a nivel micro, las cuales “no están en posición de exterioridad respecto de otros tipos de relación... sino que son inmanentes” (Foucault, 2005a, p.114). Se dan al interior de la red que atraviesa los sujetos, se hace inherente a ellos, en las que participan un sinnúmero de prácticas discursivas (lo dicho) y no discursivas (lo no dicho), como en las escuelas, las prisiones, los asilos, los hospitales (hoy en día también los centros comerciales, las tiendas, entre otros); un ejemplo que se me ocurre para ilustrar la idea de Foucault son las empresas donde en pro de la eficiencia que deben mostrar los trabajadores, se establecen prácticas discursivas como los manuales de funciones, reglamentos sobre horarios de entrada y salida rígidos, políticas de calidad, entre otros; allí también se establecen prácticas no discursivas en los casos en que los trabajadores, para obtener mejores puestos, aumentos de sueldo o incluso la misma estabilidad laboral, se ven representados en la frase del filósofo coreano Byung-chul Han (2014) “Es un esclavo absoluto, en la medida en que sin amo alguno se explota a sí mismo de forma voluntaria.” (p.12).

La anormalidad se sanciona con micro-penas que pertenecen al ámbito de lo cotidiano y de la relación con los otros, como ocurre, por ejemplo, con las llegadas tarde, los descuidos, la falta de cortesía y decoro, las “malas” palabras, los modos inmorales de los sexos, la insolencia, la grosería, y una infinidad de anormalidades que se juzgan y son castigadas. Estas anormalidades, según Foucault, son objeto de una sanción normalizadora del poder disciplinario que se da en forma de infra-penalidades, que se filtran en los pequeños orificios que deja vacíos el sistema jurídico. Se puede pensar que estos vacíos se llenan de norma y se vacían de ley, que al ser violentados por parte de los individuos como cuerpos productivos y demandantes, se hacen merecedores de unas penas que podrían denominarse blandas, que buscan sacar a los individuos de la condición de anormal.

Las penas blandas de que se habla, tienen asidero en la conciencia, en el alma de los individuos, en la adecuación a un sistema de reglas que derivan de principios mayores y que se aplican a las pequeñas cosas de la vida, casos en que el sistema jurídico o policial no se hacen operantes, sino que es el mismo individuo que se autocorriga, imponiéndose a sí mismo pequeños castigos,

como resultado de la culpa<sup>5</sup> por haber cometido una falta contra la norma. Estas faltas que no corresponden necesariamente a prohibiciones del sistema legal son castigadas con penas sutiles como la humillación, la exclusión, el rechazo, entre otras; pero este castigo, como ya se viene mencionando, no lacera el cuerpo, antes bien, lastima el alma para hacer una especie de reconfiguración de los comportamientos y encauzarlos en lo normal, metamorfoseando el castigo en una especie de “cura” para lo que no corresponde con lo normal; por ello la necesidad de que las recompensas sean más frecuentes que las penas.

Como se ha venido mencionando, el poder disciplinario no elimina el castigo y la producción de dolor en sus prácticas, pero sí silencia los gritos de aquellos que se resisten al encauzamiento y les obliga a llevar su castigo por dentro; el poder disciplinario, en su manera de proceder, no excluye simplemente al criminal del resto de la sociedad normalizada, sino que además busca que se reeduque y le aplica una serie de técnicas que penetran en la conciencia para conseguirlo.

Los encausamientos propiciados por los mecanismos disciplinarios exigen la existencia o la transformación de unas instituciones que los garanticen, abarcándolo todo como un sistema de engranajes; fenómeno éste que se hizo evidente en las sociedades industriales, donde a la *working class*<sup>6</sup> o la clase trabajadora, se le administró no simplemente la generalidad del tiempo, vale decir, cada instante de la vida, a través de horarios, de rutinas, momentos específicos de descanso, de sueño, de trabajo, de estudio, entre otros, sino que se les administró la existencia. Es por esta razón que las fábricas se instauran para producir, los hospitales para curar, las escuelas para enseñar y las prisiones para castigar (Foucault, 1978, pp.131-134).

Otro instrumento del poder disciplinario que resulta de una combinación entre la inspección jerárquica y la sanción normalizadora, que establece como premisa el conocimiento de los cuerpos sobre los que opera, ya que busca calificar, clasificar y castigar, todo ello en una misma operación o en un mismo formato. Conocer el cuerpo en su totalidad será la finalidad del examen;

---

<sup>5</sup> Para ampliar el de la culpa se puede recurrir a Maurizio Lazzarato y a su texto *La Fábrica del Hombre Endeudado* quien toma elementos de la biopolítica de Foucault para realizar sus análisis sobre la culpa como deuda.

<sup>6</sup> En el establecimiento de la estructura social moderna, la cual se da en términos de poder adquisitivo, para Vicenç Navarro existen dos clases sociales: la clase capitalista (*corporate class*) y la clase trabajadora (*working class*)

se deben conocer permanentemente las potencialidades y las debilidades de los cuerpos que han de cumplir con unas dinámicas coherentes con las demandas del modelo económico imperante.

El examen, de acuerdo con nuestro autor, invierte la economía de la visibilidad, es decir se examina en secreto, se clasifica a los cuerpos de acuerdo a sus propiedades, como individuos que posteriormente, y a raíz de la clasificación de la que son objeto, se introducen en un campo documental donde se les mide como a cualquier fenómeno natural, son sujetos a una serie de datos numéricos que en un momento dado constituirán lo que es el deber ser para una tarea específica en el sistema. El examen es un ritual de objetivación de los cuerpos, de los cuales se obtiene y se guarda registro constantemente. Este medio del buen encausamiento permite que se obtenga del cuerpo vigilado, tantos datos como sea posible y se los clasifique según naturalezas muy diversas. En la actualidad podríamos servirnos de los análisis de Foucault para examinar el recurso cada vez más habitual de algoritmos complejos (Big Data) para identificar y clasificar los gustos de los individuos e influenciar sus conductas en el mercado, como pudiera ser el caso del consumo.

La clasificación permite que se haga de cada cuerpo, de acuerdo con sus potencialidades, un “caso”, o sea, lo convierte en un objeto para el conocimiento y una presa para el poder. Por otra parte lo registra como un elemento particular que puede ser calificado y ubicado en un espacio de la realidad en el que se considere que será normal. De no ser así, se deben emplear medidas correctivas para su normalización, aplicando acciones de mejoramiento.

En síntesis, el poder disciplinario es, según Foucault, un poder sobre el cuerpo, siendo este el objeto sobre el cual ejerce una serie de técnicas de disciplinamiento para obtener conductas que se denominan normales. Su modo de operar difiere profundamente de las técnicas sanguinarias, aterradoras y del espectáculo que empleaba el poder soberano sobre los cuerpos. El poder disciplinario somete los cuerpos a unas técnicas de vigilancia y castigo que, que en su conexión con los cambios económicos, permiten la potenciación, la construcción y la utilidad de los cuerpos. Resultan formas renovadas de control funcionales al mantenimiento del capital en la nueva distribución espacial y social de la riqueza industrial y agrícola que se dio a partir del siglo XVII.

## **La Biopolítica: Un poder sobre la vida**

Lo que Foucault llamó el “umbral de la modernidad biológica”, es decir, el establecimiento de una episteme que asume como objeto al género humano, que es, a su vez, la especie humana y los fenómenos propios de la vida, es el momento histórico cuando, de acuerdo con nuestro autor, “la vida es puesta en entredicho” (Foucault, 2005, p.173). Este fenómeno que se hace visible a los ojos del autor es llamado *Biopolítica*. Dicho de otro modo, es la "forma en que, a partir del siglo XVIII, se han intentado racionalizar los problemas que planteaban a la práctica gubernamental fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población" (Foucault, 1999, p.209).

Concretamente entre los siglos XVII-XIX bajo la influencia de múltiples factores: sociales, culturales, científicos, políticos y económicos, y con el paso del capitalismo mercantil al capitalismo industrial (Vercellone, 2011; Rullani 2004), adquiere forma lo que Foucault llama el *Biopoder* o el poder sobre la vida. En un mismo proceso de racionalización de lo vivo se divide en dos aspectos: Por un lado, la anatomopolítica, la forma disciplinaria que supedita al cuerpo individual al desarrollo de aptitudes físicas que deben ser aprovechadas en actividades productivas con el fin de incrementar su utilidad, mediante técnicas de adiestramiento y vigilancia. Por otro lado, el segundo aspecto del Biopoder se da en la segunda mitad del siglo XVIII cuando Foucault va a encontrar que ese poder disciplinario (anatomopolítica) es englobado, integrado y modificado parcialmente (2006, pp.195-196) por un poder mayor, de otro nivel. Este tiene otra superficie de sustentación que ya no se dirige al hombre/cuerpo sino al hombre/especie, al hombre en cuanto que ser vivo. Es decir, se dirige al conjunto de procesos que se relacionan con la vida de los individuos y de la población, como los procesos demográficos, la salud, la enfermedad, la fecundidad, la higiene, entre otros; este poder es denominado *Biopolítica*.

En beneficio de una mayor claridad, aquí se va a tratar al biopoder como sinónimo de biopolítica, debido a que el autor en una especie de juego semántico no concreta una distinción. De hecho,

en el desarrollo de sus cursos y en el último capítulo de su primer volumen de *Historia de la sexualidad* los trata como sinónimos, es decir, un poder que se desdobra en una doble dirección: hacia el sometimiento de las fuerzas físicas del cuerpo individual a través del disciplinamiento, y en una regulación de los procesos biológicos de las poblaciones. De ahí que se pueda encontrar en el texto mencionado un ejemplo de la articulación entre el control de las poblaciones y las disciplinas individuales a través del sexo “en la unión del ‘cuerpo’ y la ‘población’, el sexo se convirtió en blanco central para un poder organizado alrededor de la administración de la vida y no de la amenaza de muerte” (Foucault, 2005, p.178).

Vale anotar que el término “biopolítica” no es un vocablo atribuible a Foucault. Se le atribuye su uso por primera vez, según Roberto Esposito, al geógrafo Rudolf Kjellén, quien en su texto *El estado como forma viviente* (1916) pretende explicar el Estado en su totalidad. Dicho texto está dividido en cinco partes (geopolítica, ecopolítica, demopolítica, sociopolítica y cratopolítica) ubicando a la biopolítica en la sociopolítica, la cual debería ocuparse de la vida de la sociedad (*Leben der Gesellschaft*); pero una vida en términos culturales, *Kulturelles Leben* (Castro, 2011, p.38) que dista mucho de la concepción biopolítica foucaultiana. Téngase en cuenta también que en este tratado el autor incluye la Pletopolítica, a la que le atribuyó como objeto “el estudio y la gestión del cuerpo de la población (volkskorper) en sus aspectos cuantitativos” (Castro, 2011, p.7), siendo este tratado el que mejor se aproxima a lo que Foucault asumió como biopolítica.

Por otra parte, en sus *Lecturas Foucaultianas*, Edgardo Castro hace uso de los estudios de Giorgio Agamben sobre la etimología de la palabra “Biopolítica” y deja en evidencia que Foucault se remite al origen del término “bios”, usualmente traducido por “vida”. En la antigua Grecia<sup>7</sup>, “vida tenía una doble acepción: “bios” y “zoe”. Entiéndase “bios” como la vida de los hombres, mientras que “zoe” aludía a la vida de los animales carentes de “logos” y a la de los hombres en cuanto, animales. Sin embargo, si no se llama “zoopolítica” a la tecnología de poder sobre la vida animal de los hombres, es porque a través de los siglos y los contextos, la vida como “bios y zoe” ha cambiado su connotación. Foucault asume el prefijo “bios” a partir de las traducciones latina, alemana y anglosajona “vita” y “vivere”, “Das Leben” y “leben”, y “life” y “live” para referirse a lo que él está pensando por “biopolítica”.

---

<sup>7</sup> Confrontar con: Ammonio de Alejandría (S.IV a.C) en *differentia adfinitum vocabulorum*.

A partir de los contenidos del “bios”, Foucault hace un boceto de lo que se puede nominar *biopolítica*, como gestión de la vida en términos meramente biológicos. Su exposición inicia a partir de la observación que hace de los cambios que se vienen dando en la Modernidad en aspectos particulares como la medicina; así lo hace inicialmente en las *Conferencias de Rio de Janeiro*<sup>8</sup>, y posteriormente en la clase del 17 de marzo de 1976 del curso: *Defender la Sociedad*, así como en el último capítulo de la primera parte de *Historia de la sexualidad: Voluntad de saber* (1976). En este último, al igual que en la clase del 17 de marzo de 1976 en el Collège de France, el autor explica las dinámicas que dan origen al poder biopolítico a partir de los cambios surgidos en la teoría del derecho, la cual se convierte en una herramienta explicativa para la comprensión de este nuevo poder.

Creo que se debe hacer claridad sobre el siguiente hecho: la teoría del derecho no es el único ámbito desde donde se puede establecer una explicación en torno a la manera como se despliega el poder biopolítico sobre la vida; aquí se acude a este y al ámbito de la medicalización, como los más recurrentes en el trabajo de Foucault. En este sentido, lo que Foucault señala es que al preguntarse por el modo de funcionamiento del poder en las sociedades capitalistas más desarrolladas, aparece que este poder tiene la capacidad de poner en cuestión la vida de los hombres, más aún, de decidir no tanto su muerte como su vida. Él examina este poder a partir de las preguntas: ¿quién tiene derecho sobre la vida o quién tiene derecho sobre la muerte?, ¿quién tiene derecho a otorgar la vida o la muerte? y ¿quién se hace cargo de su preservación?

Con relación a la esfera del derecho sobre la vida y la muerte, Foucault pretende mostrar el viraje que se ha dado en el ejercicio del poder desde antaño hasta la modernidad. Así como lo muestra también en su texto *la verdad y las formas jurídicas* (1978), se remite al modelo legal arcaico del derecho romano de “*patria potestas*”, en el cual el padre tenía el derecho de “vida y de muerte” sobre los miembros de su casa; derecho que es especificado por Roberto Esposito en *El*

---

<sup>8</sup> Conferencia del ciclo de octubre de 1973: *La Política de la salud en el Siglo XVIII*; Conferencias del ciclo de octubre de 1974, Primera conferencia: *La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina*; Segunda conferencia: *Historia de la medicalización* (Dictadas en el Curso de Medicina Social en el Instituto de Medicina Social del Centro Biomédico de la Universidad Estatal de Rio de Janeiro- Brasil).



*dispositivo de la persona* (2011) como aquel derecho que es otorgado al padre libre (persona) para disponer de la vida de sus hijos, esclavos y cónyuge, ya sea a través de una acción de sangre, o mediante una transacción económica, siendo así que aquellas no-personas eran privadas de derechos, como ocurría con los esclavos quienes de por vida, en la mayoría de los casos, eran considerados objetos poseídos por alguien que había recibido dicho derecho por una entidad superior, como el Estado o Dios, lo cual lo hacía inquebrantable e insustituible.

El derecho que se otorgaba al soberano como padre de los súbditos, ya fuera por una conquista en la guerra, por protección frente al ataque de otros pueblos, por ceremonia de vasallaje o por un contrato social, era un derecho en el cual se introducía una “disimetría clamorosa” (Foucault, 2001, p.218), a saber: el soberano se encuentra limitado frente a la vida ya que solo ejerce su efecto sobre ésta, al momento en que la quita; es así que este derecho se materializa como el derecho de “*hacer morir o dejar vivir*”, debido a lo cual el soberano tiene un derecho exclusivo de la muerte mientras la vida escapa de sus dominios, a no ser que la quite a través de la muerte; de lo contrario la vida le es indiferente. Frente al desequilibrio del derecho soberano, el cual se da siempre del lado de la muerte, y resulta del derecho a dar muerte y no en el derecho a dar vida - en consecuencia y a raíz de dicho viraje -, aparece la fórmula de la biopolítica para completar este antiguo derecho de *patria potestas*. La prescripción de “*hacer vivir y dejar morir*” muestra evidentemente, según Foucault, una inversión en la fórmula, aunque no una sustitución, ya que la biopolítica asume con mayor ímpetu ahora la dominación de los cuerpos, esto es, de su vida biológica, ya sea en los cuerpos individuales o en los cuerpos colectivos.

Vemos aquí que se ha pasado de un poder soberano que se preciaba del escarmiento público, como derecho otorgado para asentar su poder, a una racionalidad biopolítica que se muestra sutil, capilar e inofensiva. No deja de ser igual, e incluso más cruel y controladora, que el poder punitivo, actitud que es camuflada por unas técnicas tan sofisticadas que actúan en lo más profundo del alma, en la intimidad, en los pensamientos, en las conductas y en las tendencias colectivas. Por ende, para la biopolítica “No se trata de intervenir menos sobre la sociedad, sino de intervenir de otro modo: menos reglamentar los procesos sociales, que manejarlos como realidades naturales” (Vila, 2014, p.192).

Habiendo ubicado este nuevo poder en su origen, su orientación hacia la especie, y su distanciamiento frente al poder de antaño, Foucault se detiene en sus procedimientos. La biopolítica tiene acceso a un conjunto de técnicas, racionalidades políticas, prácticas y estrategias, con pretensiones reguladoras sobre las acciones de las poblaciones para garantizar el normal funcionamiento de los distintos sistemas, sociales, culturales, económicos, sanitarios, entre otros; de ahí el uso de técnicas como la estadística, los modelos económicos, los pronósticos, y en general una matematización de la vida que garantice, una constante vigilancia y una constante gestión y encausamiento de las poblaciones.

En la Modernidad es evidente una hegemonía del sistema económico capitalista y la biopolítica es aquella “tecnología de gobierno propia del capitalismo y a la vez una condición para su desarrollo” (Salinas, 2015, p.106). O sea que ha servido de instrumento para la naturalización de su ideología y de la organización social que éste dispone para el desarrollo de las sociedades, obviamente, mediado bajo la premisa de la mercantilización.

Las interacciones entre las instituciones y los sujetos, que son “móviles y no igualitarias” (Foucault, 2002,114), y están mediadas por aspectos económicos, se organizan en forma de red (dispositivo), procuran que la vida como objeto proveedor de utilidades sea extendida y se le garanticen unas condiciones adecuadas para que sea productiva, todo esto en el marco de unos discursos de normalidad y de buen proceder. Un ejemplo que Foucault nos ha dado en sus conferencias de Brasil para entender esta entrada de la vida al mercado es cuando se reconoce a la salud como un derecho de los individuos y de las poblaciones, cuya protección es asumida por el Estado con el objetivo de organizar y potenciar los procesos biológicos e ir transformando los espacios, las costumbres, las prácticas de aseo, la prevención, los tratamientos, entre otros; y hasta las mismas instituciones se fueron adecuando a este nuevo ejercicio del poder, como fue el caso de los hospitales que pasaron de ser los lugares donde la gente asistía para morir a ser los lugares donde la gente acude para mejorar las condiciones de salud y así preservar la vida<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Confrontar con la *Crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina* (1974) y hacer observación del término *biohistoria*.

Esta tendencia de la biopolítica a propiciar ámbitos de satisfactoria convivencia y sensación de bienestar para subjetividades construidas a medida, implica la creación de una serie de dispositivos, entre ellos los de seguridad, los cuales operan bajo una serie de condiciones de riesgo, de inestabilidad, de anormalidad, ante los cuales se muestran cómo la vía de encausamiento y de protección frente a los mismos, que a mi parecer también han sido creados por el mismo poder para darle mayor dinamismo, credibilidad, reconocimiento y sentimiento de apego al sistema.

En esta medida, y continuando con la idea de que existe una profunda relación entre la biopolítica y el desarrollo del capitalismo en la modernidad, y mostrando la manera como opera este poder, Foucault describe en la segunda conferencia de Rio (1974) el proceso que sigue la medicalización para instalar un sistema médico que favorezca la salud de las fuerzas generadoras de rentabilidad, esto es, para hacerlas aptas a las actividades productivas y favorables a las condiciones del clima organizacional. Él ejemplifica, en dicha conferencia, esta entrada de la tecnología de poder biopolítica en los procesos económicos modernos, a través de tres modelos: el inglés que buscó mejorar las condiciones de vida y las garantías laborales de los trabajadores en condiciones de enfermedad y de desempleo, todo esto para beneficiar a los grandes capitalistas; y los modelos francés y alemán, los cuales distribuyen a las poblaciones en espacios selectivos, garantizando que estos ofrezcan garantías sanitarias al tiempo que se distribuye la población de tal manera que los ricos no se encuentren en el mismo espacio con los pobres, a no ser por una relación de dependencia laboral, o por una situación de servidumbre.

Con lo anterior se nota la existencia de una gestión de la salud, de los espacios y en sí de las condiciones de vida de las personas en su totalidad, continuando con el análisis del despliegue del poder biopolítico vemos que la salud y la higiene del cuerpo, que eran un derecho de los individuos, pasan a ser administrados por el sistema médico, el cual a través de la historia moderna ha ido construyendo una serie de saberes y prácticas que le han permitido acceder, influir e intervenir las diferentes instancias de poder. Y no solo a raíz de los saberes que producen, sino por el carácter administrativo y consultor que han estado adquiriendo en la modernidad. Hoy en día, un ejemplo muy sencillo que se podría dar es, cuando los médicos influyen en las decisiones contractuales entre las empresas y sus empleados, o en las

participaciones deportivas, y hasta la reclusión en lugares de salud mental; son las juntas médicas, en muchos casos, tienen la autoridad para definir que paciente puede o no acceder a los servicios médicos.

La medicalización como estrategia biopolítica ha estado ganando terreno y dando cabida, en la política, la economía, y en el saber en general, a la salud. Particularmente, la ciencia médica ha asumido autoridad en la sociedad, además de reconocimiento y poder en la toma de decisiones. Todo esto en unas dinámicas que construyen redes y, a su vez, construyen sujetos que responden al sistema y lo apropian de tan manera que lo siente suyo, sin importar en qué posición jerárquica del sistema pertenezca.

La entrada en juego del poder biopolítico y su capacidad de abarcarlo todo, como fue el sueño de verlo todo con una sola mirada transversaliza sus dispositivos, para transformar ámbitos de la vida que antes parecieron propios de la vida privada de los individuos, como la familia, la cual ha pasado de ser vista como un conjunto de relaciones de consanguinidad, al lugar del adiestramiento en las llamadas sanas costumbres; del mismo modo que lo hace la escuela donde se administra el comportamiento del niño y se le introduce en estrictas relaciones de vigilancia, aprendizaje y control del hacer y del dejar de hacer, en pro de la adaptación y veneración del sistema económico y de sus disposiciones.

En definitiva, este poder sobre la vida que “*hace vivir y deja morir*” se muestra como un poder determinante, abarcador, sanador, que al ofrecer las mismas técnicas de control y seguridad con las que modela conductas, el capitalismo ofrece pocas posibilidades de escape, o por lo menos, pocas de salir bien librados en un intento por ofrecer resistencias radicales. Este poder que subyace en los sistemas político y económico sufrirá, como se ha venido mostrando, los mismos cambios que estos, razón por la que creo que Foucault rápidamente afianzará su mirada crítica frente a una razón gubernamental que se va configurando con el llamado capitalismo “salvaje” o *neoliberalismo*, posterior al siglo XVIII donde al parecer el biopoder tuvo su momento de ejercicio.

## **Gubernamentalidad: Un poder sobre y del sujeto**

La gubernamentalidad es una nueva categoría que aparece en el discurso foucaultiano en su esfuerzo continuado por describir un poder que se ha venido haciendo cargo de la vida en la Modernidad; poder que se ejercita a través de una serie de técnicas y dispositivos orientados en el “arte de gobernar a los otros y de gobernarse a sí mismo” y a través de los nuevos hitos que plantea el desarrollo de la economía neoliberal. Es decir, se enfrenta a una doble instancia “los proyectos de subjetivación y los dispositivos económicos”. La tarea descriptiva de esta nueva forma de poder la inicia Foucault en el curso *Seguridad, territorio y población* “STP” (1977-1978), precisamente en la cuarta clase, cuando centra su atención en el problema del gobierno al analizar los cambios de paradigma que se vienen dando en este aspecto, ya que la gubernamentalidad es preponderantemente una cuestión de gobierno económico, ante el cual se debe garantizar una serie de acciones encaminadas a permitir que los individuos representen un papel activo en su autogobierno.

Téngase en cuenta aquí que Foucault no abandona el proyecto biopolítico, como se evidencia al inicio de la primera lección de STP (11 de enero de 1978), cuando se plantea como objetivo de este curso dar claridad a ese fenómeno que en *Hay que defender la sociedad* (1975-1976) y *Voluntad de saber* (1976) llamó “Biopoder”. Sin embargo, en una especie de viraje el curso terminó siendo una historia de la gubernamentalidad. Postergando dicho proyecto para el año siguiente en lo que el autor llamó *Nacimiento de la biopolítica* (1978-1979), obra en la cual no se dio tal cosa de manera explícita, ya que allí, finalmente, trató ampliamente el origen del neoliberalismo. Foucault aclara que “una vez que se sepa qué es ese régimen gubernamental denominado liberalismo, se podrá, me parece, captar qué es la biopolítica” (Foucault, 2005b, p. 41). En este sentido, se percibe una identificación de la gubernamentalidad con la biopolítica, no obstante centrando su interés en un tema que quizás había pasado desapercibido en trabajos anteriores: “el problema del estado y la población” (Foucault, 2005b, p.120).

Partiendo del principio de que “las tecnologías del poder pueden ser transferidas de un campo a otro en el transcurso de la historia” (Foucault, 2009, p.44). Es decir, en el caso específico de la relación biopolítica-gubernamentalidad se da una ampliación de ese gobierno de las poblaciones

que en algún momento pareció simplista y en una sola dirección, ya que se centraron en sus prácticas sobre los cuerpos y la vida biológica de las poblaciones; pero que con la intervención del estado se garantiza la gestión de la población, lo cual demanda un cuidado y una especialización mayor, de ahí la intervención de unos entes con conocimientos científicos, especialmente en los términos de la economía política, ya que éste es el paradigma imperante en esta época.

¿Pero en qué consiste esta nueva forma de poder que implica un mayor protagonismo del estado en la orientación de los procesos biológicos de la población? Quisiera responder con las palabras del autor en STP:

Con esta palabra, «gubernamentalidad», aludo a tres cosas.

Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población[;] por forma mayor de saber[,] la economía política[,] y por instrumento técnico esencial[,] los dispositivos de seguridad. Segundo, por «gubernamentalidad» entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar «gobierno» sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, [y por el otro] el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que habría que entender la «gubernamentalidad» como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos XV y XVI, se «gubernamentalizó» poco a poco (Foucault, 2005b, p. 136).

La primera definición está en concordancia con lo planteado anteriormente, por ende, entendemos dos metodologías (biopolítica- gubernamentalidad) para acceder al mismo problema (la vida), debido a que esta forma de poder sigue teniendo por blanco la población y continúa haciendo uso de los dispositivos de seguridad como lo hiciera la biopolítica, con una variante, y obviamente, con una mayor especialización en la gestión de la seguridad y la población; esta variante es la preeminencia de una forma de saber específica “la economía política” que va a determinar modos específicos de existencia y de organización social.

Las otras dos definiciones dadas por Foucault las abordo bajo mi criterio interpretativo y las sitúo en una relación de complementariedad y de ensanchamiento de la descripción teórica de la gubernamentalidad, debido a que en ellas trata de la preeminencia que tiene este poder (gobierno) sobre otras formas de poder (soberano y disciplinario) que lo antecedieron cronológicamente en la modernidad neoliberal.

Foucault desarrolla esta nueva forma de despliegue del poder, que sigue siendo sobre la vida de las poblaciones y los sujetos en un sentido más complejo, por supuesto, y mediado bajo los criterios de la economía política; encaminada a unos procesos de subjetivación; el filósofo de Poitiers reconoce como fundamento o puntos de apoyo de esta forma de poder “La pastoral, la nueva técnica diplomático-militar y, un régimen de policía” (Foucault, 2005b, p. 138) que van a determinar y a zanjar unas prácticas y unas relaciones específicas de ese conjunto de instituciones, análisis, reflexiones, cálculos, entre otros; para gobernar una sociedad constituida como empresa (Foucault, 2006b, pp. 255, 263-264). Por otra parte, no quisiera pasar por alto el hecho de que estos puntos se dan y se entrecruzan en una forma de economía específica, denominada neoliberalismo, que en comparación con el liberalismo clásico éste es más radical en sus principios, entre ellos la liberación del mercado como la forma más eficiente de asignar los recursos y la concepción de los sujetos ya no como aquellos individuos que deben desarrollar plenamente sus capacidades dentro del sistema, sino que se ve como mera fuerza de producción, reconociendo en ellos meramente sus potencialidades económicas abstractas.

Como se ha mencionado, el neoliberalismo se distancia del liberalismo clásico de Adán Smith en varios aspectos, entre los más relevantes quisiera mencionar tres; el primero, la concepción del mercado, ya no como una actividad de libre intercambio sino como un escenario de competencia, lo cual determina el funcionamiento de la sociedad que se caracteriza por una feroz competencia la cual perpetúa “un juego formal entre desigualdades” (Foucault, 2005b, p.153) oponiéndose de esta manera a cualquier pretensión de igualdad social ya que precisamente son estas las que mueven a la economía y le impone retos a los sujetos quienes a partir de sus potencialidades determinan su propio éxito o fracaso.

El segundo aspecto a mencionar es la idea de “libertad”, valga decir de la que se nutre la razón gubernamental, la cual ya no es una capacidad humana de actuar por voluntad propia, como tampoco es la posibilidad para hacer la elección más óptima y hacer un uso eficiente de los recursos disponibles. Sino que la libertad está sujeta a procesos de fabricación, es decir el neoliberalismo crea la libertad y la ofrece, en distintas tonalidades, ya que se fabrica libertad para elegir, libertad para consumir, libertad para movilizarse, libertad para muchas cosas; distanciándose sobremanera del clásico “laissez faire, laissez passer” sin embargo la libertad está sujeta a estrictas modalidades de vigilancia y control en cada momento de la cotidianidad de las poblaciones y a su vez de los sujetos como miembros de las mismas.

Y, por último, la idea del “empresario de sí”, lo cual es un proyecto de subjetivación, que consiste en que el individuo haga de su vida una empresa, siendo el punto de encuentro entre la gobernanza global y la gobernanza individual “el homo economicus” (Foucault, 2007b, p.292) la gubernamentalidad demanda individuos capaces de llevar una vida enteramente económica y demanda de ellos vivir una existencia economizada. Así como lo analiza Maurizio Lazzarato (2005) al referirse a la economía como aquella que se transforma en una economía de las conductas, “economía de las almas” (p.24).

Volviendo atrás y retomando los puntos en los que se cimenta este poder gubernamental y habiendo descrito tres aspectos fundamentales, a mi parecer, del neoliberalismo y reconociendo que estos tienen resonancia esta nueva forma de gobierno de la vida, haré una descripción de la manera como se despliega el poder gubernamental que surge a partir del declive del poder pastoral, el cual había imperado en Europa desde antaño; el cual, en su momento al erigirse en institución eclesiástica determinó todo un proceso civilizatorio, habiéndose enmarcado en el principio de la conducción de sus correligionarios por este mundo terreno hasta la vida eterna, avasallando la totalidad de la vida de los hombres “el gobierno cotidiano de los hombres en su vida real con el pretexto de salvación y a escala de la humanidad” (Foucault, 2006b, p.177) es aquí donde se va configurando un poder sobre los sujetos que a su vez va a ser un poder de los sujetos en términos de libertades condicionadas.



Este poder pastoral, del cual la gubernamentalidad aún conserva algunos rasgos traslapados, tuvo como técnicas fundamentales, descritas en STP “el principio de responsabilidad analítica”, que no es otra cosa que el buen cuidado de todas las ovejas, el “principio de la transferencia exhaustiva e instantánea” el cual se encarga del examen de lo correcto o lo insano del proceder del pastor y de su rebaño y así establecer lo que merece la comunidad o el pastor; el principio de “la inversión del sacrificio” que estriba en ella el reconocimiento de la fatalidad por parte del pastor, él también muere y finalmente una de las más importante y a mi juicio, uno de los principios que tienen mayor vigencia “correspondencia alternada” esta plantea una salvación posible en la medida en que los hombres sean capaces de merecerla y esto llevado a las dinámicas de la libre competencia, la desregularización de la economía, la ampliación de los mecanismos de mercado y la potenciación de la propiedad privada; resulta en reto utópico para muchos sujetos que se constituyen en condiciones de desequilibrio socio-económico.

Según la manera de proceder de la gubernamentalidad se busca establecer una individualización, pero ya no a la manera del poder pastoral, sobre los cuerpos, sino que es una individualización que determina lo que Foucault ha de llamar “la historia del sujeto”, proyecto que retomará en su obra posterior desde una perspectiva ética; sin embargo este sujeto bajo los parámetros de la gubernamentalidad es un sujeto “obediente” en una relación de sometimiento al Estado quien es dador de los nuevos dogmas económicos, en una suerte de juego de “economía de las almas”, como lo anunciara San Gregorio Nacianceno, es decir, de una conducción del correcto proceder de los sujetos.

Este nueva dinámica de poder gubernamental implica también una nueva técnica diplomático-militar, debido a que ya no se gobiernan los territorios como lo hiciera el poder soberano o la “razón de estado” sino que el despliegue del poder se circunscribe a una población, dicho dispositivo surge por la necesidad del establecimiento de nuevas formas de guerra y el patrocinio de una profesionalización militar para responder a los problemas propios de los sujetos, la población, y las ciudades, ya que éste poder se circunscribe a un ámbito urbano; además de instituir un aparato diplomático fuerte (Foucault, 2005b, pp. 341-353) que permita el consenso con las demás repúblicas para garantizar el libre mercado y la circulación de mercancías bajo los principios de ventajas comparativas y competitivas.

Finalmente, la gubernamentalidad se cimenta o es representada por una institución “policial” que se encargará de sistemas específicos de vigilancia sobre la población “el control y la cobertura de la actividad de los hombres” (Foucault, 2005b, p. 369) la cual tiene como objetivos claros: la estadística demográfica, las necesidades de la vida, la salud pública y su cumplimiento, y la garantía de la libre circulación de mercancías, todo ello en procura de entender las necesidades de los sujetos y proponerles las mejores espacios de desarrollo y crecimiento como empresarios de sí.

Este nuevo arte de gobernar que tiene sus orígenes a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX centra su ejercicio de poder en las poblaciones, usando dispositivos de seguridad como lo hiciera la biopolítica, y extendiendo la aplicación de sus tácticas, discursos, dispositivos, entre otros, hasta nuestros días. También establece nuevos criterios de subjetivación, bajo los parámetros de la economía neoliberal, es decir, bajo los criterios de una existencia moral y política que impone a la empresa como canon de referencia y para ello garantiza a los individuos una libertad a través de la cual éstos se constituyen como tal, a sabiendas de que dicha libertad ha resultado del despliegue del poder, además de haber sido gestionada por el mismo y delimitada por acciones específicas que promueven el desarrollo de la economía y a los principios de crecimiento económico, que en las sociedades actuales están determinados por el consumismo.

Foucault ha tenido la primicia en el análisis del poder sobre la vida, hegemónico en las sociedades actuales, sin embargo es más que claro que las sociedades estudiadas por el este autor hasta su muerte (1984) no son las mismas de hoy, por el contrario han cambiado de extremo a extremo, en vista del desarrollo de nuevos artefactos tecnológicos, el establecimiento de nuevos paradigmas culturales y antropológicos enfocados en la globalización y al predominio de las empresas como forma exclusiva de organización económica, política y social.

El desarrollo del neoliberalismo hasta nuestros días ha visto en el consumismo el artilugio perfecto para establecer su modelo de economía, de sociedad y de sujeto y de este modo poder establecer un eje central que direcciones las tecnologías empresariales y estos nuevos paradigmas culturales y antropológicos y así tejer un entramado complejo que inhiba cualquier externalidad

que pudiera ser amenazante para el sistema, garantizándose su supervivencia diacrónica. Son las prácticas de consumo en exceso las que en adelante garantizarán la supervivencia de la especie y las condiciones de bienestar y de felicidad que promete el neoliberalismo.

## Capítulo II: Biopolítica del consumismo

Las sociedades modernas como las conocemos han cimentado sus bases en los planteamientos de la economía capitalista, la cual, por ser un sistema<sup>10</sup>, puede decirse que funciona en cierto modo de manera análoga a como lo hacen los sistemas biológicos. Por su capacidad adaptativa, estos se adecuan a los cambios que se van dando en el ambiente, y así mismo ocurre con la economía, pues el capitalismo se ha ido transformando y adaptando a nuevas condiciones que van ejerciendo un influjo sustancial en las sociedades a nivel micro y macro.

Entre los cambios que ha tenido la economía en la modernidad, el “consumismo” es probablemente el fenómeno que ha cobrado mayor importancia en el modelo de economía capitalista imperante hoy en día: el neoliberalismo. En este sistema, el consumismo adquiere un gran protagonismo, puesto que los engranajes de la economía, con su afán de crecimiento ilimitado, necesitan, para mantenerse en movimiento, del consumo también creciente de los bienes y servicios producidos a gran escala. Incrementar el consumo es la premisa que mueve todo el andamiaje económico. Como todo “-ismo”, el término se refiere a cierta radicalización del fenómeno del consumo. Se refiere a un comportamiento que consiste en cifrar el propósito de toda acción individual o colectiva en aumentar la capacidad de consumir. Ciertamente, parece que en las sociedades capitalistas neoliberales, los individuos se constituyen como tales bajo el dictado del consumo. Se es más un “alguien” cuanto más se puede consumir. En este sentido, se hace interesante realizar el análisis del “consumismo” enmarcándolo en el enfoque biopolítico que plantea Foucault, ya que este nos ofrece las herramientas necesarias para interpretar filosóficamente el fenómeno y, a su vez, permite identificar los procesos de subjetivación que pueden estar operando en lo que quizás pueda calificarse de “dispositivo del consumismo”.

Es así que en el desarrollo de este capítulo se procura exponer cómo ese poder sobre la vida o biopoder, expuesto por Foucault en su obra, que en esencia es “más como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social que como un instancia negativa que tiene como función reprimir” (Foucault, 1999, p.49), se despliega sobre los individuos al incitarles al consumismo, que, como

---

<sup>10</sup> Sistema: se trata de una serie de elementos, ya sean teóricos o prácticos, que se interrelacionan entre sí de manera armónica para funcionar en común como un todo.

bien comenta el autor coreano Byung-Chul Han, promueve en los individuos “la capacidad esencialmente individual de querer, desear y anhelar” ofreciendo así “significados y emociones. No valor de uso, sino valor emotivo de culto” (Chul, 2014, p.70). Mostraremos que en el marco de la biopolítica, el consumismo obedece a técnicas o formas de gobierno que buscan producir sujetos que, al concebirse a sí mismos como “empresarios de sí”, según la conocida expresión foucaultiana, practican el consumo como una forma de autoproducción.

### **Consumismo no es solo consumo**

En términos biológicos, el consumo se refiere a una acción natural de todo ser vivo: la de apropiarse de los medios que requiere para conservarse y reproducirse. Desde su concepción hasta el momento de su deceso, por ejemplo, un animal consume alimentos, aire, agua, etc., para su supervivencia. Lo hace de manera rutinaria, sin planeación, prácticamente como una acción vital e inconsciente. Lo viviente *consume* para seguir en vida. Si equiparamos el consumo humano a una necesidad fisiológica, es posible pensarlo como desligado de cualquier proceso histórico y distante de cualquier influencia que pudiera tener en la consolidación de alguna estructura social o individual existente. Sin embargo, no es así. El consumo humano está determinado por las estructuras económicas, sociales y culturales en las que se encuentran inscritos los individuos.

Como actividad económica, el consumo es una parte del proceso económico que varía de acuerdo con los avatares de la historia, ya que está directamente relacionado con procesos productivos concretos que cambian con el tiempo. En cualquier caso, si la economía produce algo, es porque sabe o espera que lo producido sea consumido. Se consume lo que se produce o, mejor aún, se produce *porque* se consume. Este tema se hace más radical en las sociedades capitalistas avanzadas donde el consumo orienta la producción económica, siendo en principio el medio por el que los miembros de una sociedad se procuran lo necesario para desarrollarse como individuos y como sociedad. Desde el punto de vista del agente económico, entendido éste como aquel ente que actúa y asume determinaciones dentro del mercado, podría decirse que el consumo es un medio, pero para el sistema, es su fin. En efecto, el consumo se ha convertido en

el fin último de los procesos de producción, los cuales se ponen en marcha en función de la generación de rentabilidad para quienes producen y de beneficio para quienes consumen. Ahora bien, en las economías capitalistas avanzadas, el consumo trasciende las necesidades orgánicas de los seres humanos y se abre a una infinidad de objetos de consumo, de orden más simbólico y cultural, a medida que el sistema productivo evoluciona y se expande.

Pero este *consumo* visto desde sus aristas biológica y económica cobra relevancia en la medida en que se incorpora en los procesos históricos y en la construcción de sociedades e individuos. El *consumo* puede ser señalado en el escenario histórico a partir de la división social del trabajo, como lo analiza Jozsep Robert (2012). Según el autor, las sociedades se fueron transformando por cuenta de los efectos que generaron los excedentes de producción y la apropiación de los mismos por parte de los propietarios particulares (propiedad privada individual o colectiva). Ya no se consumía solamente lo que cada quien producía, sino que al producirse excedentes, esto permitió diversificar los productos consumidos más allá de lo producido por cada uno. Es así que los procesos de producción y de consumo, a pesar de que son parte de una misma economía, tomaron distancia entre sí, correspondiendo por un lado ser productor de bienes y servicios y, por el otro, consumidor de diversos bienes y servicios. En este contexto surge lo que, por oposición a la “sociedad de productores”<sup>11</sup>, Zigmunt Bauman va a llamar la “sociedad de consumidores”, a saber: una sociedad caracterizada por predominio del consumismo que opera como una forma de acuerdo social que “resulta de la reconversión de los deseos, ganas y anhelos humanos (...) en la principal fuerza de impulso y de operaciones de la sociedad (...) así como también desempeña un papel preponderante en los procesos individuales y grupales de auto-identificación” (Bauman, 2011, p.4).

En la modernidad, según Bauman, la sociedad es transformada por la revolución del consumo, es decir, se da un aumento desmedido en el consumo de bienes y servicios. Esta sociedad de consumidores, comenta Bauman, es respaldada por un “fetichismo de la subjetividad” que

---

<sup>11</sup> Bauman define a este respecto en *Vidas de consumo y Modernidad y holocausto* como una sociedad sólida, característica de la modernidad de los siglos XVII-XXX donde los valores se asocian con la tradición, con la perdurabilidad, la producción para mercados locales, y el aprecio por los objetos durables y que induzcan a la conservación de una vida disciplinada y segura.

consiste en hacer desaparecer de la imagen final del producto (el sujeto) los rastros de la compra y venta de las armas utilizadas en la construcción de la identidad (Bauman, 2011, p.29). Él explica que este contrasta con el fetichismo de la mercancía<sup>12</sup>, pero está sustentado también en la *aparente* libertad que tienen los individuos para consumir, así como en nuevas formas de darse las relaciones humanas donde esta forma de pleonismo consumista es el punto de referencia y el determinador de los rasgos fundamentales de dicha sociedad. El sociólogo polaco denomina a sus miembros “consumistas” y no simplemente “consumidores” ya que estos últimos se asocian a un modelo económico de acumulación-duración en el tiempo y a una época ya superada.

A pesar de haberse desligado de los procesos de producción, el consumo había conservado cierta relación de paridad con estos, es decir, se consumía lo que se producía. Sin embargo, en el momento de imposición del consumismo y su comprensión como condición para una plena existencia de los sujetos, hay una suerte de desequilibrio. El punto de encuentro entre la oferta y la demanda, que Adam Smith vio gobernado por la “mano invisible”, va obedeciendo cada vez más al afán creciente de consumo en las nuevas sociedades donde los sujetos tienen una manera particular de constituirse y de ser constituidos en torno a esta actividad o, mejor aún, a su “capacidad de consumo”. Bauman da luces al respecto en su texto *Vidas de consumo* (2011). Allí el autor plantea, entre otras cosas, que el individuo, que ahora es consumista, se encuentra entre una libertad ilusoria para elegir y una dependencia de las dinámicas sociales de consumo. Ya en nacimiento de la biopolítica Foucault había advertido esta situación como propia del neoliberalismo al afirmar “El liberalismo no es lo que acepta la libertad, es lo que se propone fabricarla a cada momento, suscitarla y producirla con, desde luego, [todo el conjunto]\*\* de coacciones, problemas de costo que plantea esa fabricación.” (Foucault, 2007, p.84)

---

<sup>12</sup> El concepto de “fetichismo de la mercancía” es expuesto por Marx en *El Capital, Libro primero, Volumen I, Sección I, Cap. I, La Mercancía*, allí hace referencia a la autonomía y a la distancia que adquiere el proceso productivo de la voluntad del ser humano ya que en el mercado, son las mercancías las que determinan los niveles de producción según su capacidad de satisfacción de necesidades de los consumidores, de ahí que a la pregunta ¿cuánto producir? Se le da respuesta desde la mercancía y no desde el ser humano; a manera de analogía de presenta el fetichismo de la subjetividad que plantea Bauman que en últimas solo hace pensar al consumidor que tiene la soberanía para elegir dentro de múltiples productos, pero al final son los productos los que determinan la elección del consumidor.

Por otra parte, la libertad para consumir es solo aparente, puesto que el sujeto consumista cree tener independencia para elegir, pero solo lo hace entre un creciente número de productos diseñados bajo los esquemas de la obsolescencia programada. En otras palabras, la libertad de elegir qué se consume no es una libertad auténtica sino solo aparente, en el sentido en que el sujeto consumista ha sido sumergido en ciertos dispositivos que han determinado su conducta en la sociedad. Todavía más, no se trata solamente para Bauman de que se definan a sí mismos sobre la base de su capacidad para consumir, sino de que “la subjetividad y todo lo que ella implica está determinada a ser un objeto vendible” (Bauman, 2011, p. 26). En otras palabras, los sujetos consumistas se relacionan consigo mismos como lo hacen con los objetos que consumen; quieren llegar a ser vistos ellos mismos como bienes a consumir.

El consumismo ha sido objeto de una especie de incitación artificial, la cual se sirve, como es sabido, de una serie de estrategias de marketing y publicidad, de discursos y de prácticas simbólicas diseñados para hacer del consumo una forma de vida. Todo vale con tal de inducir a los sujetos consumistas para que accedan a más bienes y servicios. El consumismo no solo es una forma de control sino que a la vez es un instrumento de intervención (Foucault, 2007, p.175). Esto va de la mano con cambios culturales como, por ejemplo, la idea de tiempo, la cual es analizada por Bauman bajo la figura de tiempo puntillista. Los sujetos consumistas han adquirido la tendencia a vivir en torno a pequeños instantes de satisfacción y felicidad. Los productos consumidos, por su parte, traen consigo una satisfacción fugaz, en ocasiones extrínseca a dicho producto que, más bien, es el resultado de alguna tendencia o moda pasajera. La generación constante de productos nuevos, por ejemplo, incita al sujeto consumista a apreciar lo inmediato, enfatizando de manera casi sensual en los estímulos de productos nuevos procuradores del confort. Así pues, el proceso de consumo y de desecho de los productos se da casi al instante, lo cual impide al consumista tener momentos duraderos y plenos de satisfacción, sin contar, por otro lado, con que todo este proceso está rodeado de una profunda insatisfacción que se ha convertido en la regla de esta nueva sociedad de consumistas, razón por la cual Gilles Lipovetsky afirma: “Si la vida se resume en viajar, cambiar de tableta o de zapatos, vamos a limitarnos, como lo decía Spinoza, a pasiones tristes”(Unimedios, UNAL).



El consumismo como se ha venido exponiendo, ofrece como resultado de las relaciones económicas a un sujeto consumista embebido en unas dinámicas de hiperconsumo<sup>13</sup> que le han impuesto de manera imperativa, *mostrarse*, es decir, hacerse visible ante los demás, exponer su ser, su intimidad, volverse una mercancía deseada y vendible. El consumismo es, como también lo dice Baudrillard (2009), “un sistema que asegura el orden de los signos y la integración del grupo: es pues una moral (un sistema de valores ideológicos) y, a la vez, un sistema de comunicación, una estructura de intercambio.” (p.80). Aquel sujeto que no se hace visible a través de los distintos medios de difusión es marginado por la sociedad, se hace inexistente, no se le reconoce: “en la era de la información la invisibilidad es sinónimo de muerte” (Bauman, 2011, p.27). Por otra parte, hacer creer a los consumistas que son soberanos de su existencia hace parte de las estrategias de las sociedades consumistas. Sin embargo, la soberanía es limitada por varios factores como el mercado, las tendencias, las modas, la corta vida útil de los productos, etc.

Teniendo en cuenta entonces, que la transformación de las sociedades de productores a consumidores, bajo los nuevos parámetros del capitalismo moderno, ha convertido el consumo en el fin de los agentes económicos, lo cual resulta ser por defecto el mecanismo fundamental de integración social y de subjetivación, no extraña que el consumo resulte un fenómeno que atrae miradas de distintos sectores del saber, como es el caso de los economistas que suelen interpretar el consumo como la fase de los procesos económicas que en definitiva determina ¿qué, cómo y cuánto producir? y ¿para quién producir?, o de los sociólogos que intentan interpretar este fenómeno como parte de los mecanismos de integración de los individuos en *eso* que llamamos sociedad. ¿Y la filosofía? ¿Qué puede ayudarnos a ver en este fenómeno? Como veremos, puede iluminar el problema de modo productivo.

## **Consumismo y biopolítica**

En el campo de la filosofía, los análisis de Foucault nos parecen relevantes para pensar el tema del consumismo. Esto por el esfuerzo que, como vimos en el capítulo anterior, este pensador hizo

---

<sup>13</sup> Este fenómeno que ha sido reseñado por Lipovetsky como esa nueva fase del consumo moderno que va ligada a nuevas ideas de estar, de consumir y de transitar los espacios actuales, propiciado por los capitales para incrementar y generar nuevas fuentes de rentabilidad, será tomado aquí como sinónimo de aumento excesivo del consumo.

para ofrecer herramientas que permitieran interpretar las distintas dinámicas y las diversas maneras en que se ejerce el poder en las sociedades contemporáneas. En efecto, ¿qué ocurre si pensamos el consumismo como un fenómeno que expresa el funcionamiento del biopoder? ¿Es válido afirmar que desde la perspectiva biopolítica de Foucault el consumismo puede ser comprendido como una forma de gobierno o, más exactamente, de subjetivación de los individuos? ¿Son los sujetos consumistas el resultado de una técnica de gobierno? Someteremos a examen esta conjetura en lo que sigue del capítulo.

Hemos visto que la transformación de las sociedades en la modernidad bajo el capitalismo condujo progresivamente al “consumismo” como mecanismo fundamental de integración social de los individuos. Bajo la premisa de que el desarrollo económico es un objetivo alcanzable si y solo si se estimula el consumo, no es de extrañar que la incitación implícita y explícita al consumo creciente, es decir, al consumismo, se haya convertido casi en una ideología. Desde el punto de vista de Foucault, cabría ver el consumismo como parte de un dispositivo de control y de gobierno sobre las poblaciones<sup>14</sup> y, por qué no, sobre los cuerpos de los individuos. En otras palabras, puede ser definido como un dispositivo biopolítico, propio del capitalismo neoliberal, en el que se articulan discursos y prácticas que producen un sujeto determinado.

Es cierto que el capitalismo de hoy no resulta ser exactamente el mismo que analizó Foucault en *El nacimiento de la biopolítica* en los años 80's. Actualmente se dan unas dinámicas distintas que han sido analizadas por autores como Gilles Deleuze, Byung-Chul Han, Maurizio Lazarato, Nikolas Rose, Laura Bazzicalupo, Giorgio Agamben y Roberto Esposito, entre otros. Desde perspectivas algo distintas a las de Foucault, ellos se han ido abriendo camino en el análisis de los problemas más actuales, si bien prestan particular atención al ejercicio del poder en las sociedades neoliberales. En efecto, llama la atención que varios de ellos hayan recurrido a las herramientas que brindó Foucault en el marco de su propuesta biopolítica. De tal modo que no se puede desconocer la aplicabilidad del análisis foucaultiano a las sociedades actuales, y más particularmente, en el estudio del consumismo como posible dispositivo de gobierno.

---

<sup>14</sup> Entiéndase que Foucault define población como: un conjunto de procesos que es menester manejar en sus aspectos naturales y a partir de ellos. Seguridad, territorio y población P.93

Nuestra pregunta, entonces, se puede formular así: ¿es el consumismo una forma de subjetivación – es decir, de sujeción – que produce sujetos que se entienden a sí mismos como “empresarios de sí”? ¿Obedece esta forma de subjetivación a mecanismos propios del biopoder descrito por Foucault?

Con la finalidad de comprender la manera de ejercerse esta biopolítica sobre los sujetos consumistas, se van a tener en cuenta los tres aspectos del poder sobre la vida o biopoder tratados en el capítulo primero del presente escrito: el primero está relacionado con la manifestación anatomopolítica del poder, la cual se da a través de disciplinamiento de los cuerpos, su permanente vigilancia y penalización ante las resistencias a este poder. Veremos que en el mandato a “consumir más” puede advertirse este tipo de disciplinamiento. El segundo se refiere a la biopolítica como aquel poder que se centra en los procesos fundamentales de la vida de la especie. Así pues, puede contarse entre sus efectos la normalización del consumismo y la aceptación de su práctica como algo inherente a los procesos vitales de los individuos. Finalmente, el tercer aspecto se refiere al papel que cumplen las instituciones. En este caso, la perpetuación del consumismo se revela como una práctica a la que se adapta el marco legislativo y jurídico.

Ante la pregunta de cómo se podría entender el consumismo a partir de la biopolítica de Foucault, creemos pertinente resaltar que el capitalismo que se tiene en mente es el definido por Byung-Chul Han como “el neoliberalismo es el capitalismo del me gusta” (2014, p.30). Esta caracterización se adecua a los análisis realizados por el profesor del Collège de France en torno al poder en el escenario del capitalismo del siglo XX, que, como se mostró en el primer capítulo, fue concebido no como un poder represivo sino, por el contrario, como un poder complaciente y hasta seductor. No ya un poder que se define bajo la premisa de “hacer morir y dejar vivir”, esto es el poder de “dar muerte”, sino con la fórmula biopolítica del “hacer vivir”. En el “me gusta”, entonces, que mueve el comportamiento de los sujetos consumistas, puede verse la expresión de un poder suave que dociliza a los sujetos sin amenazarlos sino, antes bien, exacerbando sus pulsiones. En él se hace evidente una gestión de la vida, un control y un direccionamiento para que los sujetos puedan experimentar un constante placer y una satisfacción casi hormonal, mediante el estímulo que genera el consumo de una oferta infinita de nuevos bienes y servicios.

El poder centrado en producir en los individuos la sensación intensa de placer mediante el consumo es tanto más efectivo en la medida en que determina su conducta de forma placentera. No hay que desconocer, sin embargo, lo que autores como Bauman demuestran, acerca de que esto, por el contrario, es fuente de ansiedad y de insatisfacción eternas, demostrando que la promesa del paraíso terrenal, de eterna felicidad, estará por siempre en el futuro próximo sin jamás hacerse presente.

Como se desarrolló previamente en este trabajo, la manifestación del poder disciplinario se despliega sobre los cuerpos (*anatomopolítica*) y no se centra solo en someterlos a castigo o darles muerte, en caso extremo, sino en disciplinarlos o docilizarlos para obtener la potenciación de su productividad. En el capitalismo de la época clásica, con el fin de responder a las necesidades del sistema productivo y así lograr mayores rendimientos para abastecer las necesidades, el cuerpo “es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido” (Foucault VC, P33). Cuerpos que debieron entonces ser moldeados para ser capaces de resistir las duras condiciones de trabajo y, sin embargo, dar lo mejor de sus fuerzas productivas. Es claro que con el paso al biopoder no se abandonan estas prácticas que van en la vía de docilizar el cuerpo a través de técnicas disciplinarias, sin embargo, ante el surgimiento de nuevas tácticas para disciplinar el cuerpo y las transformaciones de las necesidades y el surgimiento de nuevos deseos, el trabajo duro descansa cada vez más en el desarrollo de tecnologías mecánicas que aligeran el trabajo físico que antes requería que los hombres sometieran sus cuerpos a jornadas extenuantes de esfuerzo. En el escenario actual, al menos en las sociedades capitalistas avanzadas y neoliberales, hay nuevas condiciones laborales como la flexibilización de las jornadas, lo que no implica que se haya dejado de disciplinar los cuerpos para responder esta vez a las exigencias de las sociedades de consumidores. En relación con el consumismo, en efecto, podemos decir que se disciplina a los cuerpos sometiéndolos a dosis cada vez mayores de estímulos placenteros y puntuales como consecuencia de una imposición subrepticia de hábitos de consumo. Tal como decía Foucault sobre el poder disciplinario, este no se refleja tanto en la carne como en el alma. El sujeto consumista vendió su alma al placer del consumo.

Ahora el cuerpo se “encuentra en una situación de instrumento o de intermediario” (Foucault VC, P18), es decir, ya no se trata de la exigencia ejercida sobre el cuerpo para que desarrolle mayor

fuerza y resistencia para la producción, sino, en cierto modo, para que desarrolle una mayor compulsión por el consumo que, a su vez, jalona la producción. Se lo condiciona para obtener una complacencia, se le moldea para el disfrute, para la recreación. Así pues, constantemente hay pautas publicitarias que promueven los buenos hábitos, la higiene del cuerpo, esto a través de los gimnasios, de salidas a espacios abiertos y diseñados para el ocio, todo lo cual habla de una invitación a adoptar formas de vida saludables, placenteras, basadas en el disfrute. Por otra parte, y quizás como parte de las tácticas del disciplinamiento seductor de los cuerpos, las nuevas condiciones del capitalismo en las sociedades avanzadas permiten que los individuos cuenten con excedentes de capital para gastar en su disfrute, a diferencia de lo que ocurría en otras épocas (o actualmente en muchos países no desarrollados) donde apenas se obtenían ingresos suficientes para la subsistencia. Estos gastos orientados al consumo saludable pueden ser representados por parte de los individuos como una forma de inversión en sí mismos: la inversión necesaria para *llegar a ser objetos deseables* o consumibles (como lo menciona Bauman), porque en una economía del consumismo, los cuerpos también se venden como objetos del deseo. Es así que al propio cuerpo se le debe cultivar, no por imposición externa sino por el impulso interior del sujeto de volverse deseable. En una economía que premia la capacidad de consumir, hacerse uno mismo más deseable es, pues, una condición para obtener mayores rendimientos y a la vez mejores utilidades, y de este modo también acceder a mejores ingresos para ser consumidos en un mayor número de productos y servicios, respondiendo así a las estrategias de estratificación de necesidades y deseos.

En realidad, la vigilancia en las sociedades capitalistas neoliberales no es un asunto del pasado. Por el contrario, el modelo carcelario de Bentham y la estrategia de examen basada en la vigilancia y el castigo que se manifiesta en “una especie de medición y comparación” (Moro, 2003, P.37), se ha implantado en estas sociedades a tal nivel que resulta sacrílego pensarlo en términos negativos y represivos. Solo que ahora, de hecho, son los individuos quienes de manera autónoma adquieren con gusto complejos sistemas de vigilancia como es el caso de los teléfonos móviles, que permiten modos de vigilancia de cada uno de los aspectos de la vida de los individuos (su ubicación, su intimidad, sus datos bancarios, sus preferencias musicales...). Las redes sociales cumplen también un papel preponderante en los sistemas de vigilancia, porque es allí donde se “sube” la información de los individuos que posteriormente será usada por las

compañías multinacionales para identificar gustos y conductas que a su vez serán reforzadas o modificadas con otro tipo de información y saberes. Estos mecanismos de vigilancia que fluyen con una velocidad de tiempo real en la *World Wide Web* (www), penetran lo más profundo en la intimidad de la vida de los individuos, al punto que hasta las más mínimas relaciones (interpersonales, sociales, laborales, institucionales) tienen como requisito la conectividad y la participación casi-obligatoria en dichas redes de información. Cada instancia de la vida de los sujetos es, pues, vigilada y, a su vez, controlada, en pro de las directrices consumistas. No extraña entonces que se hable con frecuencia de la novela distópica de George Orwell, *1984*, como un anticipo apenas pálido de una forma de operar el poder y su vigilancia que el autor británico jamás podría haber imaginado.

Si en la Edad Media el consumo excesivo se relacionaba con faltas a la moral y a la sana doctrina (en lo que hoy al interior del cristianismo se llaman “los pecados capitales”), en las sociedades capitalistas neoliberales esta actividad se ha normalizado en tal medida que se condena casi en términos pecaminosos a aquellos que son considerados consumidores fallidos, esto es, a los que no consumen en exceso y no muestran ante los demás su capacidad de consumo. Hoy el derroche no es condenado sino incluso exaltado.

Ahora bien, la biopolítica no desconoce por completo el uso de la violencia como medio de disciplinamiento: para conservar la vida, “es necesario introducir en ella algo que por lo menos en un punto la niegue” (Ugarte, 2006, P.80). Solo que esa violencia no necesita del espectáculo del castigo, que tenía, como vimos antes, la intención de amedrentar y escarmentar a aquellos que desacataban el poder de soberano, ni tampoco exige la presencia del poder explícito de quien vigila y somete a la disciplina. Ocurre de manera mucho más sutil. Al penalizar simbólicamente, o excluir de la sociedad, a quienes no consuman o no lo hagan en exceso, se trata de una violencia menos espectacular pero muy incisiva. Como se puede interpretar en *Microfísica del poder*, cuanto mayor sea el poder, mayor es también su invisibilidad. Este poder que incita al consumismo actúa en el cuerpo social de una manera soterrada y sutil, que no descarta la violencia y la represión, Como se dijo, se camufla, se adorna de formas que no dejan de ser tanto o hasta más efectivas a las del espectáculo del castigo físico, eso sí, logrando un mayor impacto, ya que estas violencias blandas van dirigidas al alma, a la conciencia de los individuos. Así

ocurre, por ejemplo, cuando algunos no tienen los medios o el interés de consumir ciertos productos que suelen ser tendencia. No solamente ellos son objeto de exclusión social, sino que ellos mismos padecen interiormente su fracaso como consumidores acreditados.

Un análisis biopolítico del consumismo inspirado en Foucault pide entender este fenómeno como obedeciendo a técnicas de gobierno que moldean a los sujetos, así como a las poblaciones enteras, de manera que se encauzan sus procesos vitales para acrecentar el consumo. Así pues, en este escenario uno de los intereses en el despliegue del poder es precisamente ampliar continuamente el número de consumidores, o, en la jerga comercial, aumentar los clientes, de modo que en esta ampliación se vinculan a aquellas franjas de la población que en otros momentos de la historia fueron rechazadas, como es el caso de las minorías, los enfermos, los locos, los homosexuales, los pobres, entre otros. Verdaderamente, debe tenerse presente que la condición de minoría no se debe exclusivamente al porcentaje que representan de la población, sino a quienes son objeto de políticas racistas y clasistas tradicionales. Ahora estas minorías hacen parte del juego económico y los mercados invierten recursos en convertirlos en consumidores consumistas, llegando incluso a servirse de ideas libertarias y de empoderamiento para conseguir de manera camuflada promover en ellos un mayor consumo.

Las formas de violencia manifiestas sobre “la vida de ciertas poblaciones es una condición constante para el funcionamiento del capitalismo neoliberal” (Saidel, 2018, P.26). Estas formas son múltiples, como múltiples son también los mecanismos para enderezar las conductas que pudieran llegar a ser consideradas como ineficientes y disfuncionales desde el punto de vista del consumismo. La carencia de recursos para consumir, de la que padecen tantos, así los actos de resistencia ante su dictado, son anomalías que deben ser corregidas. Puesto que el consumismo se sirve de estrategias que, a la manera de la anatomopolítica descrita en la *Voluntad de saber*, apuntan a potenciar los cuerpos y las poblaciones para que pongan en marcha sus capacidades acordes al funcionamiento del sistema, la finalidad del dispositivo del consumismo será hacer del consumo una promesa de placer siempre por realizar, estimulando los deseos de los sujetos, más aún, su fuerza de desear, para gobernar sus conductas.

La motivación y la finalidad que tiene la docilización del cuerpo y la potenciación de sus fuerzas para el consumismo está muy ligado a otro de los principios del neoliberalismo: la “competencia”. Esa disposición para encontrarse con otros en un escenario de mercado donde se define al ganador por la aplicación de las mejores estrategias de mercadeo, de modo que pueden obtenerse unos bienes y, de paso, autoridad frente a los otros, le permite a cada sujeto permanecer vigente en dicho escenario. La competencia ejerce la mayor presión para que los individuos se disputen entre sí las mejores oportunidades, a costa de dedicarle muchas horas y mucho esfuerzo a moldear sus cuerpos y sus habilidades intelectuales para competir y ser los mejores en su ámbito. En la misma medida en que Foucault describe los mecanismos impuestos para convertir los cuerpos en cada vez más productivos (Foucault, 1977, 168), así también el valor de la competencia actúa en el afán de los sujetos por ganar en capacidad de consumo frente a otros.

Centrémonos ahora en ver cómo el biopoder del que habla Foucault se ejercita sobre la población o, incluso sobre la especie, para conseguir hacer del consumo creciente una forma de conducta generalizada. Efectivamente, para Foucault el biopoder opera mediante la regulación de procesos vitales como la natalidad, empleando para ello las estadísticas demográficas (sobre crecimiento poblacional, tasa de natalidad, de mortalidad, de morbilidad, entre otros), que bajo “el imperativo de [que] la salud es a la vez un deber para cada uno y un objetivo general” (Foucault, 1976, p.331), permiten gobernar a la población mediante políticas de salud pública, reproductiva, etc., o simplemente, a través de la promoción estratégica de *la buena salud*, entendida como el deber del mantenimiento y la prolongación de la vida. Así entonces, es posible decir que participan de la normalización del consumismo aquellos discursos médicos, o más bien pseudomédicos, que promueven un ideal de vida saludable respaldados en discursos y prácticas sobre el autocuidado que, a la postre, solo buscan conductas compatibles con el consumo masivo de productos y servicios vendidos como *saludables*.

Todas estas prácticas ejercidas sobre las poblaciones pasan usualmente desapercibidas, puesto que son sutiles y se dan gracias a un gran logro de la biopolítica: la normalización. Téngase en cuenta que en la obra *Arqueología del saber* Foucault nos dice que aunque los discursos o saberes parezcan algo cotidiano, natural o evidente, son el resultado de determinadas condiciones



históricas. En el caso específico del consumismo, hay una constante vigilancia de los consumidores a través de los distintos medios tecnológicos actualmente a disposición, viéndose seducidos al cuidado de sus cuerpos bajo infinidad de estímulos que los convierten en consumidores de la “vida saludable”.

Si con “dispositivo” Foucault entiende el lugar “donde se procesan las prácticas discursivas como las no discursivas” (Fanlo, 2011, P.4), puede decirse del consumismo que es un dispositivo en el que se articulan o conjugan discursos y prácticas para conseguir que los individuos y las poblaciones en su conjunto movilicen sus fuerzas y deseos hacia el consumo creciente. En su interior se generan las condiciones para establecer la *normalidad* del consumismo, es decir, para establecerlo como “lo normal”, y a cualquier práctica contraria como “lo anormal”. Como se ha afirmado, el poder sobre la vida o biopoder es abarcador, por lo que cualquier sector de la realidad estará mediado por unos parámetros de normalidad. En este caso, quisiera mencionar como ejemplo del dispositivo del consumismo la adecuación arquitectónica de los centros comerciales, ofrecidos como el sueño urbano donde todos se homogenizan como consumidores y disfrutan de la estética imaginativa y ficticia.

Si los espacios públicos eran espacios de ciudadanía, poco a poco se han transformado en lugares inseguros y poco agradables, mientras paralelamente se construyen cada vez grandes centros comerciales como espacios post-públicos donde la oferta y la demanda confluyen y se influyen mutuamente. Ellos destilan belleza y ofrecen todo lo que un buen consumidor necesita, siendo ahora éste el lugar del encuentro, no de ciudadanos sino de consumidores en busca de estímulos y del desarrollo de actividades “vitales”, ya que allí se compra y se disfruta absolutamente todo lo que pueden desear, y es agradable en la medida en que no se parece en nada a la miseria que experimentan en sus residencias los consumidores fracasados.

La normalización que se da a partir de la construcción de estrictos mecanismos de vigilancia y dirección de las intenciones, los deseos y los bienes que satisfacen a las poblaciones es posible gracias a que se han naturalizado las acciones consumistas, como el uso y el desecho de los bienes y servicios a una velocidad alarmante, lo que pone el énfasis en la realización de estos actos casi al instante o combinados. Esto niega la posibilidad a los individuos de identificar los

problemas éticos o políticos de sus actos y les evita decepcionarse de ellos, impidiéndoles racionalizarlos. Lo único que importa es estar en coherencia con el principio del “me gusta” capitalista.

Finalmente, y en atención al análisis del *cómo* se extiende el poder sobre la vida en el dispositivo del consumismo, se considera la participación de ciertas instituciones gubernamentales que “no son lo opuesto al poder sino que son una manera de entender su ejercicio” (Saidel, 2018, P.24). Ellas son las encargadas de garantizar el funcionamiento de la economía neoliberal y de brindar los espacios de legalidad para asegurar el normal curso de las actividades consumistas, su libre y ordenado desarrollo, dándole al sujeto consumista la ilusión de gozar de un carácter soberano. De hecho, los estados, cooptados por los intereses económicos, se han convertido en una especie de promotores y garantes del consumismo. Las empresas transnacionales, por ejemplo, se atienen a tratados internacionales con la intención suprema de hacer valer el derecho del *libre mercado* y a su vez la libertad de consumir en los países con economías en desarrollo.

El neoliberalismo a través del principio del libre mercado y de la intervención de sus instituciones fabrica la idea ilusoria de la libertad. En el desarrollo del capitalismo, la libertad ha sido el estandarte bajo el cual se ha instaurado el consumismo. Esta libertad que es funcional a la economía es elaborada y distribuida por el poder (Foucault, 2007, p. 84ss), de tal modo que los individuos cuentan con unas libertades que en realidad son limitadas. La libertad auténtica no se limita a la libertad de consumir en exceso. La libertad de elegir qué consumir no concierne a ella, sino a prácticas de subjetivación y de gobierno enmarcadas en el dispositivo del consumismo, las cuales estimulan el acceso a un mayor uso –y desecho– de los objetos que satisfacen deseos puntuales.

Las instituciones gubernamentales han tenido como función establecer unas políticas públicas encaminadas a estimular la actividad consumista y propiciar sus espacios, incluso por encima de las limitaciones naturales que resultan de un modelo económico ensañado en el uso indiscriminado de recursos. Esto a pesar de que en este proceso se consume un volumen importante de productos que hacen parte del imaginario de felicidad de los consumidores y de las empresas productoras, como es el caso de los productos virtuales o en magnético. Estas

instituciones gubernamentales también se adjudican el poder sobre la información, con finalidades múltiples, entre ellas: manipular mercados, estimular compras, restringir acciones que amenacen el consumismo, maniobrar los consumos, reconocer los mayores nichos de consumo y obtener grandes réditos en potenciales negocios, donde la participación de los consumidores entrará a ser un factor de crecimiento de los negocios.

En contraste con las instituciones encargadas del gobierno y su capacidad de acción, han surgido una serie de instituciones no gubernamentales a partir de la “desinversión en la que el estado se desinteresa de ciertos aspectos relacionados con el orden interior” (Foucault, 1978, P.5). Ellas han adquirido la autoridad, el respaldo y la validez que tienen las instituciones estatales para legislar u opinar en torno a algún tema de consumo en específico. Estas son las empresas que resultan de un constructo social y un aparato de poder, la cual a través de sus acciones directivas establece su productividad y su capacidad de consumo. Este tipo de instituciones ha tomado el mayor protagonismo en esta época, ya que funcionan en torno a la necesidad de optimizar el funcionamiento de los mercados, a través de la apropiación, organización y dirección de los recursos necesarios para la producción y prestación de productos y servicios que serán consumidos.

El profesor del Collège de France establece que “es necesario que la vida misma del individuo— incluida la relación, por ejemplo, con su propiedad privada, su familia, su pareja, la relación con sus seguros, su jubilación— lo convierta en una suerte de empresa permanente y múltiple” (Foucault, 2007b, p.277) La idea de empresa rebasa la manera como se organiza la economía capitalista de los siglos XVII y XVIII, ya que a través de ella se construyen las nuevas realidades y se organiza la manera en que los individuos ejercen su libertad y sus relaciones. La empresa es el instrumento perfecto para el control de las actividades de consumo, pues se sirve de variadas tácticas para lograr su cometido, entre estas: el uso de instrumentos cibernéticos como la *Big Data* que reconoce las características del consumidor, lo tipifica, reconoce sus deseos e incluso le sugiere objetos de satisfacción de los deseos, los cuales pueden estar siendo experimentados por el consumidor y, de hecho, estos medios de información suelen ser más arriesgados ya que perfilan a los consumidores (customización) y les sugieren deseos que no deseaban antes.

## El sujeto consumista como empresario de sí

Hasta el momento se ha hecho mención del individuo, el cual es fabricado por la tecnología disciplinaria y “este individuo, es a su vez, el sujeto de la biopolítica cuando se aborda su cuerpo productivo en su conexión con la sociedad, bien como especie, bien como maquina productiva desiderante” (Urubayen, 2018, P.76). Se ha visto como un sujeto pasivo, sometido a un poder que en las sociedades modernas se despliega sobre la vida y sus procesos biológicos, que se vale de una serie de instituciones, prácticas, dispositivos y otra serie de elementos para gestionar, controlar y dirigir la vida. Sin embargo, la idea de la pasividad no es tan acertada. Por el contrario, el individuo es un sujeto que se "forma a partir de una serie de procesos y sistemas que no responden a una naturaleza originaria de la subjetividad, sino que obedecen a condiciones históricas, políticas y sociales" (Castro, 2008, p.173). Con esto quiero decir que el sujeto como tal está en un constante proceso de devenir él mismo, en un constante “estar siendo” de acuerdo a las condiciones sociales, políticas y económicas en las que está inmerso y de las que él mismo participa. Bajo las dinámicas del neoliberalismo este sujeto, señala Foucault, se va a gestionar de acuerdo con los principios empresariales, ya que esta es la forma insigne de la organización social de esta época.

En respuesta a unas condiciones históricas, políticas y sociales, el sujeto se configura y obtiene su identidad. Foucault afirmará que en las reglas de juego con que se ejerce el poder “hacen nacer en una sociedad determinadas formas de subjetividad, determinados dominios de objetos, determinados tipos de saberes” (2004, P.541). Es así que en una primera instancia se reconoce al sujeto como producto de unos procesos de subjetivación llevados a cabo por el despliegue del poder sobre la vida en la historia, la economía y la sociedad.

La subjetivación puede entenderse como la manera o el proceso por el cual se configura o determina a los sujetos. Esto ocurre a través de múltiples medios de intervención según las necesidades de quien lleve a cabo dicha práctica. Sin embargo, la apuesta foucaultiana apunta a que el sujeto es el resultado de un proceso y la *subjetividad* es la lucha para configurarla en contra de las formas de *subjetivación*. Por esto se entiende que en biopolítica implica una manera

de producir sujetos a través de una intervención, no dirigida exclusivamente al cuerpo sino también y sobre todo a la conciencia, a través de unos procesos que controlan los procesos biológicos. De ahí que el uso de estrategias tenga un carácter blando y con la intención de moldear todo aquello que los sujetos consideran como verdades vitales. Por ende, el proceso de subjetivación se da principalmente a través de la construcción de saberes con fuerza de verdad. Pero no son unos saberes aislados del sujeto o impuestos por la fuerza por un poder soberano, sino que son unos saberes que se construyen a través de dispositivos que “inscriben en los cuerpos una forma de ser, un conjunto de praxis, saberes, instituciones, cuyo objetivo consiste en administrar, gobernar, controlar y dar un sentido que se supone útil a los comportamientos, gestos y pensamientos de los individuos” (Fanlo, 2011, P.2).

Estos dispositivos cuentan con una multiplicidad de elementos que configuran una variedad de relaciones en las cuales se encuentra inmerso el sujeto. De esta manera, se puede afirmar que en la economía capitalista neoliberal, “el dispositivo del consumismo” –como lo hemos llamado nosotros– incluye todas las prácticas y discursos que configuran al sujeto en cuanto consumidor consumista, esto es, establece su propia subjetividad sobre la base de poder afirmarse como un sujeto capaz de mayor consumo; el dispositivo del consumismo hace del consumo la verdad del sujeto en cuanto tal.

Como ya se ha mencionado, el proceso de subjetivación echa mano de una serie de saberes y verdades que tienen un carácter vital para el sujeto, porque “no existe relación de poder que no constituya al mismo tiempo unas relaciones de saber” (Foucault, 1975, p.34). Antes de hacer una inmersión en estas relaciones de poder en torno a los saberes, es pertinente hablar de la verdad en los términos “de la verdad como nexo, de la verdad como obligación, de la verdad también como política, y no de la verdad como contenido del conocimiento ni como estructura forma del conocimiento” (Foucault, 2014, p.7). De este modo, la verdad es ese vínculo del sujeto con su propia forma de existencia, es decir, su verdad en el sentido interno del que habla Foucault en *Dichos y escritos I* (2004b). Es allí donde se da o se corrige constantemente lo que se considera verdad subjetiva, a partir de sus propios principios de regulación interna y a partir también de una historia externa de la verdad, que no es otra cosa que aquellos juegos de verdad que hacen nacer o determinan ciertas formas de subjetividad y determinados tipos de saber.

La subjetivación del sujeto se apoya en unos discursos de verdad que tienen implícita unas relaciones de posibilidades entre verdad y saber. Es a partir de esto que se entiende al *saber* como “aquello” que un grupo de individuos comparte y ha *decidido* que es la verdad, la cual, como se viene mencionando, define lo normal y lo anormal, lo verdadero y lo falso, lo sano y lo patológico, mostrándose, a saber, como un poder. Por otra parte, se debe comprender que la verdad es a aquello a través de la cual el poder controla la voluntad y la conciencia de los individuos, en un proceso que se conoce como normalización, mediante el cual se controla a los individuos para que estos asuman unos roles y una identidad específicos en las sociedades. Lo consigue a través de técnicas como la observación, el seguimiento, la calificación, la medición, la clasificación, entre otras.

Sabiendo entonces, de la relación de dependencia entre poder y verdad en los procesos de subjetivación, se abordan los discursos de verdad,<sup>15</sup> considerados como aquellos discursos normalizadores que establecen unos regímenes de verdad, frente a los cuales Foucault se refiere en *Du gouvernement des vivants* (p. 92), en la traducción de Edgardo Castro, como aquellos modos en que el acto de manifestarse de la verdad está encubierto por unas formas de obediencia, de dominación política, jurídica, que a su vez son las reguladoras y constitutivas de la verdad. Estos discursos de verdad en el despliegue de poder biopolítico se pueden identificar, en primera medida, como aquellos que están cargados de una serie de orientaciones en torno a la aplicación de acciones políticas sobre la vida de las poblaciones. Por ende, estos discursos son imperativos y tienen validez dentro de los parámetros de la normalidad y en los procesos de subjetivación.

La producción de saberes permite un conocimiento de sí mismo, lo cual es constitutivo de la “inquietud de sí” que, según Foucault, es la manera de estar en el mundo. Como mirada atenta de afuera hacia dentro, un conjunto de acciones transformadoras, un corpus que define la subjetividad (Foucault, 2003, P.17 -19), esta “inquietud de sí” está mediada por una visión antropológica propia de la sociedad capitalista neoliberal, la cual “habla de un hombre convertido en extraño para sí mismo, y [por] una economía que habla de mecanismos de control

---

<sup>15</sup> Ver definición de verdad de Foucault en: Castro E. (2004). El vocabulario de Michel Foucault: Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores. Universidad Nacional de Quilmes. Pss. 537-544.

exteriores a la conciencia humana” (Foucault, 1966, P.221). Esto solo muestra que la autonomía del sujeto solo será posible en el ejercicio de *resistencia* al poder, puesto que su constitución, por muy autónoma y propia que parezca, en realidad no lo es.

El sujeto consumista resultado de los procesos de subjetivación es capaz de “autodeterminarse” a partir de los dictados del mercado y, más específicamente, en relación con su capacidad para consumir cada vez más; solo en estas condiciones se vive como sujeto, se sabe sujeto, es un sujeto “verdadero”. Entre los dictados del mercado y el imperativo del consumismo, el sujeto ha adoptado para su constitución existencial las estrategias de las empresas, concibiéndose como aquel proyecto a través del cual se obtiene una utilidad, uno que sigue una programación, una organización, es decir, se puede hablar de un sujeto “empresario de sí”, como lo hace Foucault, que se potencia para permanecer vigente y se esfuerza para cumplir con unas metas establecidas, como lo hacen las empresas. Comportarse como un “empresario de sí” se refiere a que el sujeto se define a sí mismo bajo las premisas de la utilidad y la competencia, como competitivo, operativo, ganador: “el *homo economicus* neoliberal ya no sería el del intercambio sino el de la producción y la empresa, es un empresario de sí” (Saidel, 2018, P. 23).

Esta idea de “empresario de sí” trazada por Foucault en *Nacimiento de la biopolítica* corresponde con la programación que se ha planteado el neoliberalismo para la racionalización de la sociedad y la economía, orientada a ver en el sujeto una empresa, a través de la fundación de un *nuevo homo economicus* que se distancia del de la teoría liberal clásica, uno que proclama “sustituir en todo momento el *homo economicus* socio del intercambio por un *homo economicus* empresario de sí mismo, que es su propio capital, su propio productor, la fuente de [sus] ingresos” (Foucault, 2007b, p.265).

En este sentido, la economía no ve al sujeto solo como un agente económico que participa en el *gasto* de los bienes y servicios producidos, sino que, por el contrario, lo contempla como un sujeto productor, pero ¿productor de *qué*? Pues, productor de su propia satisfacción, la cual logra obtener a través de una transacción de demanda de bienes y servicios. Sin embargo, no debe perderse de vista que en una economía de mercado los ingresos son los que determinan los

niveles de satisfacción. En este sentido vemos al individuo de algún modo “divido con respecto a sí mismo” (Foucault, 2007b, p.266).

Este nuevo *homo economicus* del que habla Foucault es “empresario de sí” en la medida en que ha sido elaborado por el sistema económico a partir de la lógica de la naturaleza misma de “asalariado”. En la teoría clásica se pensaba al asalariado como un simple factor de producción al que se le pagaba un salario por la venta de su fuerza de trabajo a manera de jornales, dejándolo en una situación de desventaja o en una especie de olvido, siendo quizás Marx el único que en sus análisis económicos ha dotado al trabajo de un sentido distinto (humano) al mero sentido utilitarista que le dieron los economistas clásicos (Cfr. Foucault, 2007b, p.258-259).

El neoliberalismo que no retoma a Marx, pero si al “asalariado”, imprime todos sus esfuerzos en otorgarle a este un papel central en las dinámicas económicas, como ya se ha venido mencionando, y lo convierte en un consumidor compulsivo, pero a la vez lo hace un productor de su propia satisfacción; es decir, el sujeto debe ser su propio garante y gestor, además de administrarse a sí mismo y sus ingresos, tratando de responder a esta generalización de la forma empresa:

Por un lado se trata, desde luego, de multiplicar el modelo económico, el modelo de la oferta y la demanda, el modelo de la inversión, el costo y el beneficio, para hacer de él un modelo de las relaciones sociales, un modelo de la existencia misma, una forma de relación del individuo consigo mismo, con el tiempo, con su entorno, el futuro, el grupo, la familia. (Foucault, 2007b, p.278)

La figura del “empresario de sí” recuerda en parte la idea de Nietzsche en el *Zaratustra* acerca del hombre moderno: “es un hombre centrado en sí mismo, incapaz de grandes deseos, dedicado a preservarse y evitar el dolor”; es incapaz de grandes logros porque estos requieren de esfuerzo y tiempo con los cuales no cuenta. Es verdad que el dispositivo del consumismo produce sujetos movidos por el estímulo de placer que procura la satisfacción de sus deseos mediante el consumo, y por ello rehúye lo displacentero o doloroso, es quizás esta la razón por la cual el intervencionismo social y económico del que habla Foucault plantea que a estos sujetos se les



puede pedir que “se hagan matar, pero les prometemos que, si hacen eso, conservaran sus empleos hasta el fin de sus días. (Foucault, 2007b, p.251) ya que la idea de un empleo seguro proporciona las condiciones para producir salarios que serán usados como inversión en sí mismo ya que “es un empresario de sí mismo que hace una serie de gastos de inversión para conseguir cierta mejora.” (Foucault, 2007b, p.271).

La consolidación de un empresario de sí es posible en la medida en que se cree “que no somos un sujeto sometido, sino un proyecto libre que constantemente se replantea y se reinventa” (Chul, 2014, P.11), y es con esta concepción que se asume una postura existencial frente a la vida, que implica la exigencia a sí mismo en términos de producción, como herramienta para afrontar la satisfacción de deseos y metas de consumo. El empresario de sí es, según Han, este trabajador que ha logrado unificar en un solo sujeto a la víctima y al verdugo, ya que este cree que en la autoexplotación está el éxito. Es también característico del empresario de sí que “se explote a sí mismo a saber: voluntariamente, sin coacción externa” (Chul, 2012, P. p.30). Incluso lo hace con cierta satisfacción y orgullo. Podemos decir que todo esto es prueba del éxito de una biopolítica que a través de sus mecanismos de gobierno y control ha dirigido la voluntad de los sujetos a pensar que “el sujeto económico es responsable y culpable de sus propias acciones y comportamientos”. El consumismo es quizás el gran logro del capitalismo neoliberal en su despliegue. El sujeto logrado a través de las técnicas encaminadas al control de la vida, han resultado efectivas a tal nivel que ahora es dueño de su propia miseria, siendo él mismo quien la gestiona y a la vez la idolatra como una especie de logro o proyecto personal.

## A manera de conclusión

La manera como Foucault aborda el asunto del poder es transgresor con la tradición filosófica, propio de lo que se puede llamar un “filósofo”. Valga decir también de este autor, que es uno de esos pensadores que no corresponden a su tiempo, sino que se deben a la historia venidera. Sus análisis, expuestos en obras recientemente publicadas, ofrecen elementos suficientes para analizar muchos problemas de los que nos inquietan en las sociedades contemporáneas.

Aquí se ha logrado mostrar cómo ha sido la manera en que el poder sobre la vida se ha desplegado desde las sociedades de los siglos XVII-XVIII hasta, prácticamente nuestros días y cómo este poder ha respondido a las condiciones de un capitalismo que toma por objeto al sujeto, lo potencia y le exige el mayor rendimiento posible para garantizarse así la posibilidad de acumular utilidades.

El poder que describe Foucault es un poder sobre la vida, es un poder que la potencia, la clasifica, la vigila, la examina y le ofrece los medios para su garantía, bajo unas políticas de sumisión y de normalización, esto bajo el influjo de unas instituciones que participan como apoyo a las políticas económicas del mercado o como ente regulador a través de un sistema jurídico y legal.

El dispositivo de consumismo ha sido esa red a través de la cual se encuentran, en distintas direcciones, un cúmulo de saberes, prácticas, costumbres, técnicas, discursos, entre otros, para determinar procesos de subjetivación, que posteriormente determinarán la manera en que se construye a los sujetos y a las sociedades. Siendo este dispositivo el mejor vehículo para el despliegue de un poder sobre la vida.

La biopolítica pone en juego un poder que al desplegarse a través del consumismo busca formar sujetos dóciles, productivos y consumidores, que acudan de manera aparentemente autónoma al escenario económico bajo las premisas de convertirse en “empresario de sí”; ese sujeto ha sido objeto de unas prácticas y unos dispositivos que lo moldean como el nuevo *homo economicus* que ha preparado el neoliberalismo para garantizarse la continuidad.

Un tema que no se ha planteado aquí, pero que está obligatoriamente ligado y podría ser incorporado en la discusión que aquí se dio, es el asunto de las “resistencias al poder”, lo cual sería muy interesante para quien deseara profundizar un poco más frente a las “resistencias” que se pudieran dar frente al dispositivo del consumismo, que, como se ha dicho, engloba los procesos de constitución de la identidad y, prácticamente, de la existencia de los sujetos en cuanto tales.

## Referencias bibliográficas

- Baudrillard, J. (1974) "Crítica de la economía política del signo". Siglo XXI.
- Canguilhem, G. (1990). Michel Foucault, filósofo. Gedisa. ISBN: 84-7432-389-4
- Castro, E. (2008). Foucault y el cuidado de la libertad: Ética para un rostro de arena. Editorial LOM, Santiago, Chile.
- Castro, E. (2011). Lecturas foucaulteanas: una historia conceptual de la biopolítica. Unipe: Editorial Universitaria. ISBN 978-987-26468-7-5.
- Fanlo, L. (2011). ¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben. Revista de filosofía, Edición 74. Argentina.
- Foucault, M (1976). La política de la salud en el siglo XVIII. Conferencia dictada en Rio de Janeiro.
- Foucault, M (1999). Verdad y poder. Entrevista con M. Fontana en rev. L'Arc, # 70 especial. pp. 16-26.
- Foucault, M. (1979) Microfísica del poder (2<sup>a</sup> ed.). Edissa. ISBN: 84-7.443-017-8.
- Foucault, M. (1999), Escritos esenciales: estética, ética, hermenéutica. Paidós.
- Foucault, M. (2001). Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones. Alianza Editorial S. A.
- Foucault, M. (2002). Defender la sociedad: Curso en el Collège de Francia (1975-1976). Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2003). Historia de la sexualidad III: la inquietud de sí. Siglo Veintiuno editores.
- Foucault, M. (2004). Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión. Siglo Veintiuno.
- Foucault, M (2004b) Dichos y escritos I. Madrid: Biblioteca Nacional
- Foucault, M. (2005a). Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber. Siglo Veintiuno editores.
- Foucault, M. (2005b). Seguridad, territorio, población: curso del Colegio de Francia (1977-1978). Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006). Genealogía del racismo. Altamira. ISBN: 978-987-9017-01-2.
- Foucault, M. (2007). El poder psiquiátrico: curso del Colegio de Francia (1973-1974). Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M (2007b). El nacimiento de la biopolítica. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

- Foucault, M. (2009). El yo minimalista y otras conversaciones. La Marca.
- Foucault, M (2014). Obrar mal, decir la verdad. La función de la confesión en la justicia. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Foucault, M (2014b). Subjetividad y verdad. Curso del Collège de France. 1980-1981. Paris.
- Foucault, M. (2017). La verdad y las formas jurídicas (5ª ed.). Gedisa.
- Han, C. (2014). Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder (1ª ed.). Herder. ISBN: 978-84-254-3398-6
- Lazzarato, M. (2005). Biopolitique/Bioéconomie. Multitudes, 22 (3), 51-62.
- Lazzarato, M. (2013). La fábrica del hombre endeudado. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Amorrortu.
- Roberts, J. (2012). Historia del dinero. Editorial solar. ISBN. 9789588786797
- Ugarte, F (2006). Biopolítica: Un análisis de la cuestión. ISSN 1130-3689, N° 166, 2006. Bogotá 27 de agosto de 2015
- Vercellone, C. (2011). Capitalismo cognitivo: renta, saber y valor en la época posfordista. Prometeo.
- Vila Viñas, D. (2014). La gobernabilidad más allá de Foucault: un marco para la teoría social y política contemporáneas. Prensas de la Universidad de Zaragoza. ISBN: 978-84-16272-22-8
- Foucault, M (1978). Nuevo orden interior y control social. El viejo Topo, 7, 5-7. Recuperado de <https://bit.ly/2ygpGmy>
- Unimedios. Hiperconsumo, nuevo fenómeno del capitalismo Bogotá 27 de agosto de 2015 Creado por Fin/NADC/MLA/AVN.º 115 (UNAL). <http://dev2.unal.edu.co/detalle/hiperconsumo-nuevo-fenomeno-del-capitalismo>